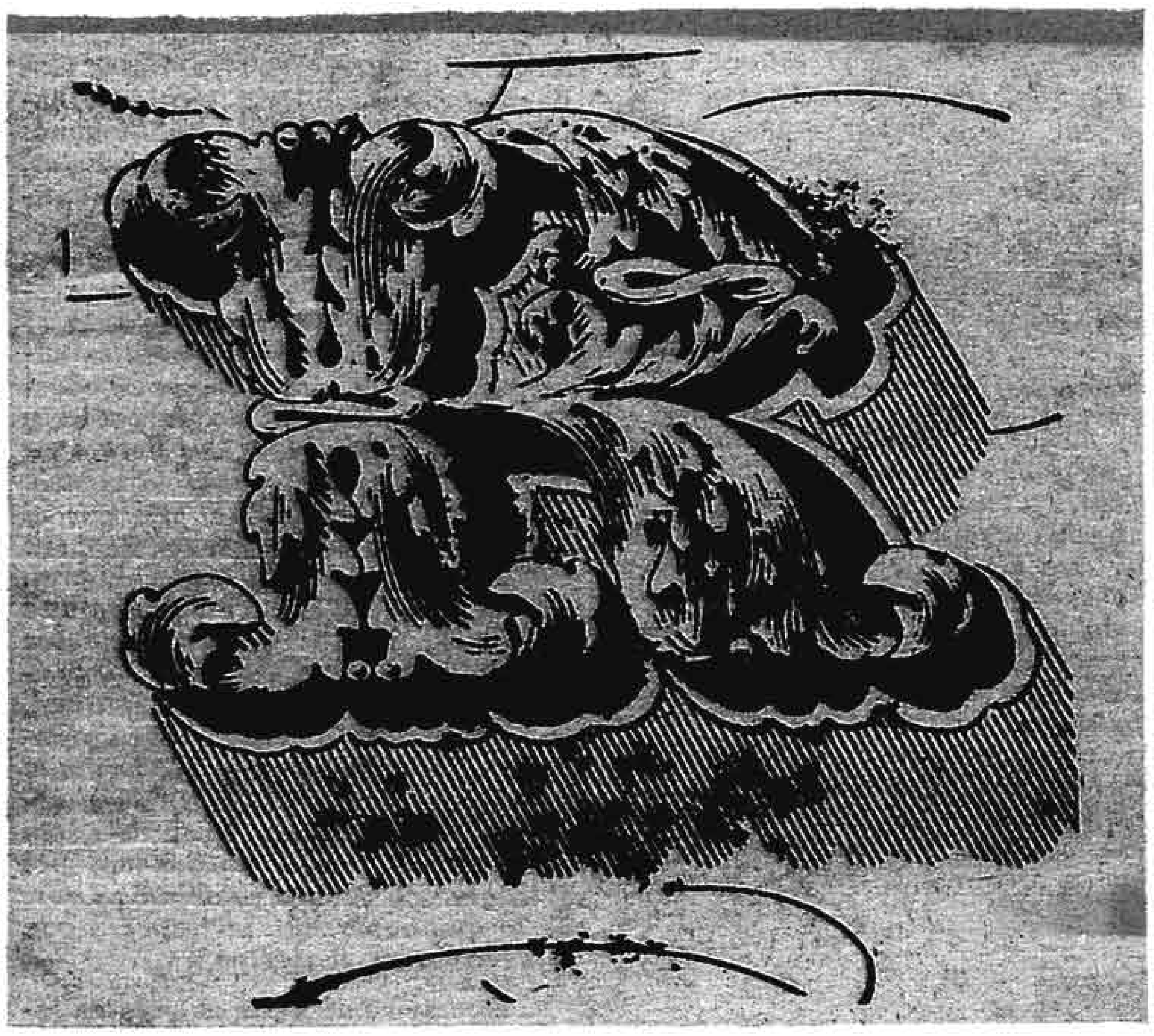
portada: AYALA

LUNES DE REVOLUCION • número 25



LAS MIL Y UNA NOCHES

por rosa hilda zell

cuentos:

19 DE JULIO DE 1958

por josé manuel otero

EL LINDERO

por josé lorenzo fuentes

teatros:

EL FLACO Y EL GORDO

por virgilio piñera

septiembre 7 de 1959

director:
GUILLERMO CABRERA INFANTE
subdirector:
PABLO ARMANDO FERNANDEZ
emplanador:
JACQUES BROUTE

Lunes de R

LAS MIL Y UNA NOCHES

por rosa hilda zell

Ahora que están de moda los surveys, yo quisiera poder realizar uno cuyos resultados serían muy útiles para comprender ese libro delicioso que es Las Mil Y Una Noches. *No sería esa investigación ni larga ni tediosa. Sería una sola pregunta, formulada en cualquier reunión citadina de ésas en que se mezclan, buscando un rato de solaz y esparcimiento, personas procedentes de todos los ambientes culturales: el cine del domingo por la tarde, por ejemplo. La pregunta sería, como digo, una sola; pero formulada de cinco maneras diferentes. Para empezar, la enunciaría en su forma más simple, sin condicional alguna: pediría que todos los que hubieran leído* Las Mil y Una Noches *levantaran la mano. Y tengo la seguridad de que contaría tantas manos alzadas como personas hubiera en mi hipotético cine.*

Anotaría, pues, un tanto a favor de la más amena de las obras maestras de la literatura universal —pues de poquísimos libros se puede decir que todos lo hayan leído, como a primera vista parece ser el caso de éste—, si las cuatro modalidades condicionadas de mi única pregunta no vinieran a demostrar que la realidad es aquí muy distinta de las apariencias. En efecto, todavía hay que ver los resultados obtenidos cuando se inquiera cuántos lo han leído en la traducción francesa de Antoine Galland, y cuántos en la inglesa de Edward Lane, y cuántos en la de Sir Richard Burton, y cuántos en la otra vez francesa del doctor Mardrus, revertida esta última al español por Vicente Blasco Ibáñez.

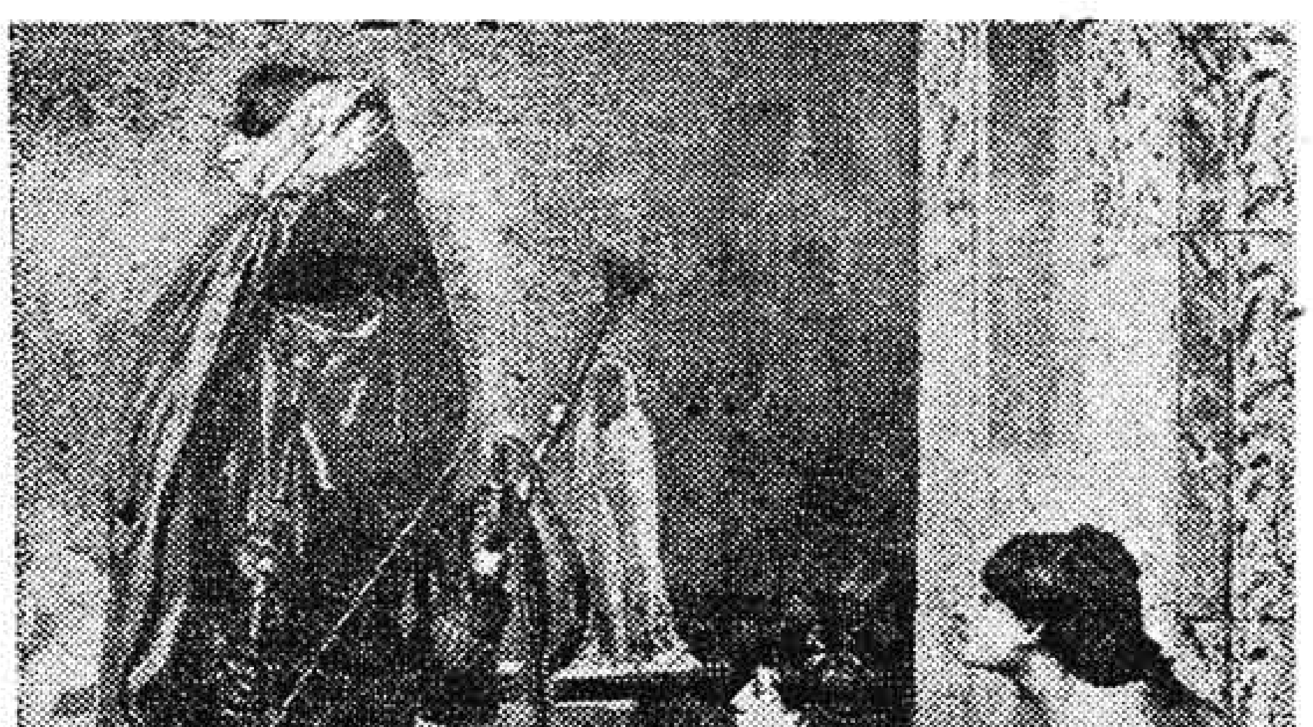


Haga la prueba el lector; pregunte a conocidos y desconocidos, en la calle, en las redacciones de periódicos y revistas, en las salas de conferencias y las aulas universitarias —dondequiera que se reúnan personas que sepan leer, y que por razones de oficio o de hábito se pueda suponer que, en efecto, leen—, si han leído Las Mil Y Una Noches *en esas versiones arriba indicadas.*

Y o mucho nos equivocamos, o las respuestas obtenidas pueden ser anticipadas en profecía: la traducción francesa de Antoine Galland, —que es el texto que las dió a conocer al mundo occidental—, la conocerán los literatos de formación francesa; la segunda gran traducción, que fue la de Edward Lane, posiblemente solo algún erudito amante de las cosas del Oriente la haya leído, y otro tanto pasará con la tercera, también inglesa: la de sir Richard Burton. En cuanto a la traducción hecha casi en nuestros días por un árabe, el doctor Mardrus, que dió este libro a la literatura francesa en versión directa y literal posteriormente vertida al castellano por Blasco Ibáñez, será familiar a todos los escritores... y absolutamente desconocida para todo el que no sea o escritor, o profesor de literatura, o amante y conocedor profundo de las bellas letras.

Y no se crea que estos resultados son indiferentes por tratarse de versiones del mismo libro, no teniendo por tanto sino una importancia relativa en cuál de ellas se conozca; porque, por el contrario, esas versiones ni siquiera se parecen entre sí. Antoine Galland publica su traducción entre los años de 1704 y 1717, esto es, a principio del siglo XVIII. Han muerto ya los grandes escritores cuyos nombres dan gloria al principio del reinado de Luis XIV, y todavía no han aparecido los que prepararán el camino de la Revolución Francesa. El siglo diez y siete es el siglo en que alcanza mayoría de edad el teatro francés, pero es también, sobre todo en su segunda mitad, el siglo de la corrección en el estilo y la elegancia en el pensamiento. Lo llenan los alejandrinos perfectos, musicales y monótonos de Corneille, que no por casualidad se escriben después de que Malherbe ha podado el rosal de Ronsard. Y si Malherbe ha reducido la poesía a los términos de lo correcto y lo incorrecto, Jean Guez de Balzac ha hecho otro tanto en obsequio de la prosa. El final del siglo diez y siete francés es la hora de los escritores al menudeo: La Rouchefoucald y sus máximas. La Fontaine y sus fábulas, Perrault y sus cuentos de hadas, Madame de Sevigné y sus cartas. Es una literatura encantadora, pero mansa y menuda, como producto al fin de la centuria que vió nacer la Academia. En el momento en que Antoine Galland acomete la publicación de su traducción de Las Mil Y Una Noches, *ni siquiera eso queda; no hay nada; es una hora muerta, y faltan todavía cincuenta años para que aparezca la Enciclopedia, núcleo y culminación del próximo gran movimiento literario. Y luego, Antoine Galland no era ni siquiera un escritor. Arqueólogo interesado principalmente en la numismática, llegó a adquirir un profundo conocimiento de las lenguas y literaturas orientales a través de repetidos viajes y largos años de residencia en las tierras del Islam; pero le faltaron el criterio y la inspiración necesarios para interpretar el espíritu de los cuentos orientales. En consecuencia, se preocupó más de hacerlos aceptables al correcto y pacato gusto de su época que de darnos los en forma lo más parecida posible al original. Mas no por eso es justo despreciar su trabajo. Si fue fiel a su época, ¿qué hombre no lo es? Tenemos que agradecerle que nos diera, como quiera que haya sido, el regalo magnífico de* Las Mil Y Una Noches. *Su versión causó una impresión profunda en las letras, y preparó el camino para las próximas al abrir al gran público de Occidente la puerta del jardín encantado de la literatura oriental. Sin Antoine Galland, que le preparó el camino, quién sabe cómo hubiera sido acogida la traducción de Edward Lane.*

En favor de este último cuenta, además, que un siglo más adelante, ya el ambiente es otro. Entre Galland y Lane hay tres escalones hacia la libertad del espíritu humano: la Enciclopedia y los enciclopedistas, la Revolución Francesa, el Romanticismo. Las musas se han quitado el corsé y empiezan a respirar otra vez a pulmón lleno. Y no solamente respiran, sino que se inclinan hasta el suelo para recoger las florecillas silvestres que han sido siempre su adorno mejor y más querido: la poesía y los cuentos populares. Los hermanos Grimm acaban de fundar la ciencia del folklore al publicar, allá por el 1815, la primera colección de sus cuentos recogidos de la tradición oral. El momento estaba maduro para una traducción fiel de nuestros cuentos orientales; pero sin embargo —y anótese el dato en desagravio a Galland, cuya mojigatería parece incomprensible a nuestra generación hecha a ver doncellitas leer "La Piel" y escribir "Buenos Días, Tristeza—, sin embargo, no resultó mucho más fiel al original la versión inglesa de Lane, de lo que había sido la francesa que la precede en el tiempo.

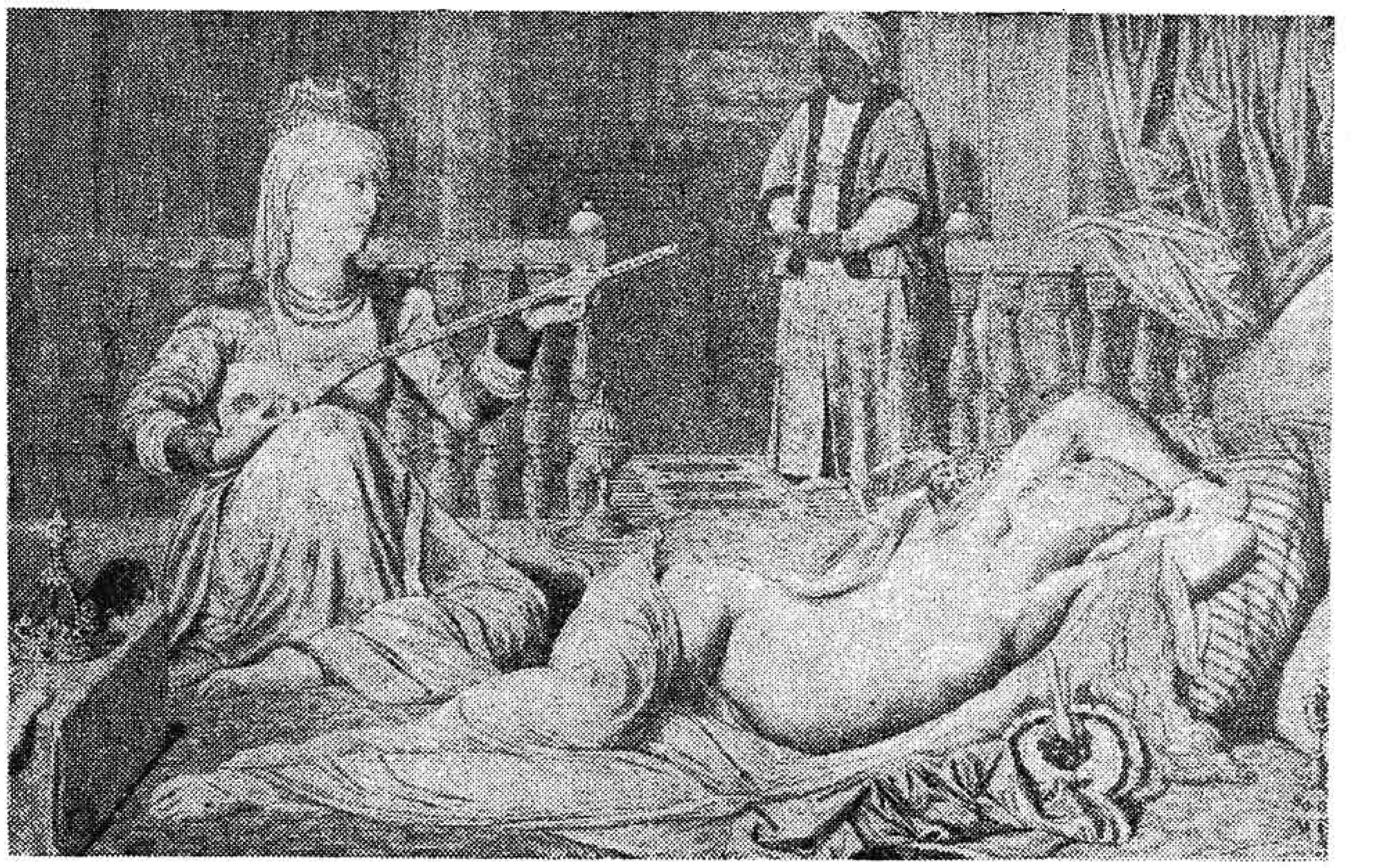


Esto se comprende cuando se sabe que Lane tampoco era un escritor. Su propósito al traducir y comentar Las Mil Y Una Noches *no fue más que el de ofrecernos una especie de enciclopedia de las costumbre orientales. Dejó sin traducir muchos relatos por encontrarlos tediosos en sus repeticiones, y otros, digamos así, por inconvenientes. Además, los trata en una forma amanerada, difícilmente efectiva para dar idea del barroco abigarramiento de tantas páginas de ese libro. A pesar de todo lo cual, la traducción inglesa que Edward Lane hizo de* Las Mil Y Una Noches *es todavía hoy un libro de consulta inestimable por la luz que sus comentarios arrojan sobre el texto. No hay que olvidar que Lane conoció como nadie la lengua, la literatura y las costumbres árabes, ya que vivió durante años la vida de un estudioso oriental en la parte musulmana del antiguo Cairo. Mansur Effendi le llamaban los egipcios; y no hay que olvidar que*

Las Mil y Una Noches se escribió en Egipto.

Se escribió en Egipto, esto es, y probablemente en El Cairo, el libro original de Las Mil Y Una Noches, del que poco nos queda, pues no lo trataron con el debido respeto los copistas cuyos manuscritos sirvieron luego de base a las versiones modernas. Y por cierto que esto nos señala otra superioridad de Lane sobre Galland, pues mientras que el francés trabajó sobre una sola copia de Las Mil Y Una Noches, el inglés conoció muchas y comparó varias entre sí.

Otro tanto es de suponer que haría Mardrus, el árabe autor de la traducción francesa que podemos considerar como definitiva: pero, que lo haya hecho o no, su principal mérito no está en su mayor o menor erudición, sino en la reverencia con que ha tratado el texto; en el amor que mueve su pluma. Esto no ha de extrañarnos, pues al fin y al cabo Mardrus era árabe; y además, trabajó ya en nuestros días, cuando todo puede decirse. El primer tomo de su traducción aparece en 1899. Ya la literatura moderna occidental ha conocido a Zola, a Dostoievsky, a Guy de Maupassant; y sobre todo, a sir Richard Burton, el inglés que en 1885 nos dió la primera versión íntegra e inexpurgada de Las Mil Y Una Noches. De no haber sido por ellos, lo más probable es que ni la obra de Mardrus hubiera podido



publicarse, ni Blasco Ibáñez incorporarla a las letras españolas.

Pero hasta ahora nos hemos limitado a examinar las versiones occidentales de Las Mil Y Una Noches. Del libro en sí, solamente hemos dicho que no es precisamente esa colección de inocuos cuentos infantiles que todos hemos leído; y esto automáticamente traza una interrogante: ¿qué clase de libro puede ser, si no es ese en que saboreamos de muchachos la historia de Simbad el Marino y la de Alí Babá y los Cuarenta Ladrones? A esta pregunta, la respuesta no puede ser más sencilla: es ese mismo libro, pero escrito para hombre, y no para niños.

Y es, luego, otros muchos más encima. Sus cuentos se clasifican por su tono, por su manera; se agrupan en pequeñas o grandes colecciones de relatos afines por el espíritu que los anima, y es el conjunto de estas sartas disímiles lo que forma el gran conjunto de Las Mil Y Una Noches. Quien solamente conociera una o dos de estas sartas de cuentos, calificaría según las que ellas fueren de muy distintos modos este libro. Tenemos, por ejemplo, los cuentos-chascarrillos coleccionados en La Malicia de las Esposas, que bien puestos tiene el nombre por cierto; y la estrecha trabazón de cuentos de pícaros agrupados en La Historia de los Artificios de Dalila la Taimada y de su Hija Zeinab la Embustera Con Ahmad-la-Tiña, Hassán-la-Peste y Alí Azogue: por ellos y otros como ellos, Las Mil Y Una Noches pudiera sentar plaza junto a La Celestina, El Lazarillo de Tormes, Gargantúa y Pantagruel, o Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno. Pero he aquí que en Las Mil Y Una Noches encontramos también las fabulillas ingenuas de La Historia Encantadora de los Animales y de las Aves, y la arrebatadora poesía del cuento de Hassán al Bassri, y la edificante elocuencia de los discursos de la Docta Simpatía, y las fantásticas aventuras de Judor el Pescador, y el triste idilio de Alí Ben-Bokar y la bella Schemsennahar, y la amarga filosofía de la historia de La Ciudad de Bronce; y cuando uno ha leído todo eso, entonces ya no sabe cómo clasificar Las Mil Y Una Noches.

Ni vale tampoco probar a clasificarla como una especie de enciclopedia del cuento, aunque en definitiva eso es lo que viene a ser, porque definiéndola así nos qudaríamos cortos: es mucho más. Esos cuentos guardan no solamente trozos de poesía, que a cada paso citan, sino también las siluetas de los bardos queridos del Islam. Abu Nowas es uno de sus personajes; y junto a él, los poetas gigantes de la Arabia pagana. La historia salta de sus páginas en chispazos no por fugaces menos vívidos; y sí por razón de sus argumentos más o menos fantásticos esos cuentos no son sino cuentos para pasar el rato, por la manera en que están contados, por el verismo de sus detalles, hemos de darles entrada al cenáculo de la literatura realista.

En cuanto a la época a que pertenece Las Mil Y Una Noches, de no fijarla con solas dos palabras, "no sé", lo mejor será decir que depende del punto de vista que se adopte para determinar el momento histórico a que ese libro corresponde. Tomémosle testimonio a él mismo. Tanto su lenguaje como su colorido, no menos que las costumbres que nos pinta, lo sitúan en el Egipto del siglo catorce al diez y seis. Lane lo fecha a fines del siglo quince o principios del diez y seis. Pero un historiador egipcio muerto en 1470, Abu'l-Mahassin, hace algunos comentarios que permiten identificar cierto bandolero de Bagdad en el siglo décimo, como el Anmed-la-Tiña de Las Mil Y Una Noches. Hay razones para pensar que Abu'l-Manassin comparó la tradición popular y los datos históricos con el relato de nuestro libro; y si esto es así, el mismo debe de haber existido ya poco después de 1450. Por otra parte, hay evidencia en textos orientales de que el primer núcleo de Las Mil Y Noches existía ya en el siglo décimo, aunque ciertamente no la obra en toda su extensión ni tampoco, siquiera fuera en este primer núcleo, en la forma que adoptó en definitiva. Por lo tanto, y según el criterio que se desee adoptar, podemos situar Las Mil Y Una Noches a fines del siglo décimo, si nos conformamos con el primer núcleo solamente; o a mediados del quince, si exigimos el libro completo y en su forma actual.

Pero no es la redacción de los cuentos, el acto en sí de escribirlos y compilarlos, el único punto de referencia para determinar la edad de una obra que, como ésta, recogió la mayor parte de su material de la tradición oral. También podemos remontarnos al origen de los cuentos mismos; y entonces nos asomamos a la noche de los tiempos. La historia del cíclope en La Odisea es claramente la misma del gigante de un solo ojo en Simbad el Marino; Schahrazada ha sido identificada con Ester y Schariar con Asuero, a su vez uno con Artajerjes, lo cual refiere el núcleo primero de Las Mil Y Una Noches al siglo tercero antes de Cristo, en que se escribió probablemente el libro de Ester, cuyo origen, como el de la leyenda de Schahrazada, es persa. Seguramente ambas historias tienen una fuente común, más vieja todavía. Pero no importa. Los cuentos ruedan de generación en generación y de país en país, cambiando de ropaje según las circunstancias. En Las Mil Y Una Noches podemos reconocer historias persas, indias, griegas, árabes; pero todas han sido amasadas con la levadura del Korán y formadas en los moldes literarios de la Arabia. Es su profundo islamismo lo que les da unidad y hace de ellas un conjunto armonioso en su variedad infinita. Y es la sal del cotidiano vivir de un pueblo en un momento dado, —que como fué el Egipto de mediados del siglo quince pudo haber sido cualquier otro—, lo que tan incitante sabor ha podido impartirles. Sea para nosotros el gozo de leerlas con el amor que merecen; y los demás, dejémoslo a los eruditos.

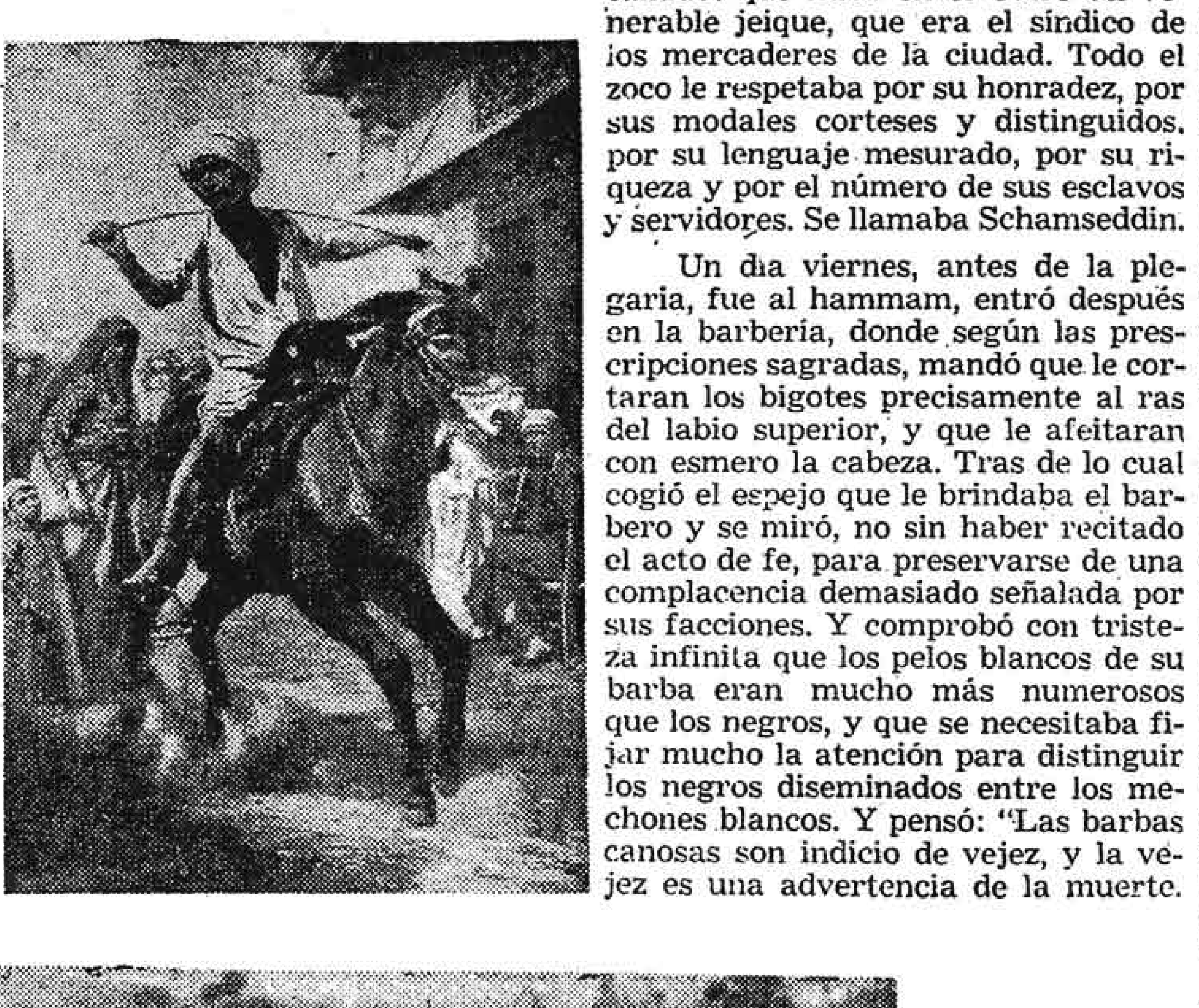
las obras maestras

EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE

El Libro de las Mil Noches y Una Noche —que tal es el nombre árabe de la obra maestra de la literatura oriental que nosotros en Occidente conocemos como "Las Mil y Una Noches"—, es una colección de cuentos recogidos de la tradición oral por una mano desconocida, en el Egipto del siglo XV. En otro lugar de LUNES encontrará el lector noticias del origen de este libro y sus diversas versiones occidentales. Baste decir aquí que ni él ni ellas guardan más allá de una muy vaga relación temática con las inocentes narraciones que, bajo ese nombre, hemos conocido todos en nuestra infancia: El libro de Las Mil Noches y Una Noche no es manjar para niños, sino para hombres, y hombres de estómago fuerte.

Tendiendo una veladura retórica sobre aquellos pasajes cuyo colorido demasiado ajustado al natural, al copiar matices propios de otros tiempos, otras costumbres y otra cultura pudiera encandilar la vista de algún lector contemporáneo, pero cuidando al mismo tiempo de que sea ese velo lo más transparente posible, para que no falsee el cuadro, ofrecemos aquí uno de los más característicos y menos divulgados de sus relatos: la historia de Grano-de-Belleza. Pero como hemos conservado su forma original, que la divide en retazos contados en sucesivas noches y enumera éstas, permítasenos dos palabras explicatorias de tan extraño arreglo. El pretexto para coleccionar los cuentos de Las Mil Noches y Una Noche, es en sí mismo un cuento: el rey Schariar, traicionado cruelmente por su amada esposa, tras hacerle sufrir el condigno castigo decide no volver a compartir con ninguna: en lo adelante, se casará con una virgen para una sola noche, y a la mañana siguiente la hará decapitar. Así las cosas, la hija de su gran visir, la bella y discreta Schahrazada, decide librar a las musulmanas de tal maldición, y hace que su padre la dé en matrimonio al soberano. Pero no por ello perece, pues en la noche de bodas —que debió ser la última de su existencia—, empieza un cuento tan interesante, que, picada la curiosidad del rey, éste aplaza la ejecución de la sentencia hasta después de su terminación. Pero Schahrazada sabe muchos cuentos, y los va enlazando hábilmente unos a otros, ayudada para lograrlo por su pequeña hermanita, a quien ha llevado consigo. Tres años transcurren así, —y al final, el rey, que sin saberlo o fingiendo no saberlo la ha hecho madre tres veces, perdona a la que ha llegado a amar, y la felicidad sonríe de nuevo sobre él y sobre su reino.

Abramos, pues, el libro árabe, de Las Mil Noches y Una Noche, en versión española de Vicente Blasco Ibáñez trabajada sobre el texto, francés del doctor Madrus, abrámoslo por la noche número 249, en que Schahrazada dá así fin a la historia de Feliz-Bello y Feliz-Bella:



El califa quedó en extremo asombrado, y quiso ver al médico de Persia que había ejercido una intervención tan prodigiosa, y le nombró médico de palacio en Damasco, y le colmó de honores y consideraciones. Después albergó a Feliz-Bello y Feliz-Bella en su alcázar durante siete días y siete noches, y dió en honor suyo grandes fiestas, y los mandó a Kufa cargados de regalos y honores. Y destituyó al gobernador y nombró en su lugar a Primavera, padre de Feliz-Bello. Y así todos vivieron en el colmo de la felicidad durante larga y deliciosa vida.

Cuando Schahrazada acabó de hablar, el rey Schariar exclamó: "¡Oh Schahrazada! ¡Me encantó esta historia, y sobre todo, los versos me han exaltado hasta el último límite! ¡Pero me sorprende mucho no encontrar en ella los pormenores sobre aquella clase de amor que me hiciste prever!"

Y Schahrazada sonrió levemente y dijo: "Oh rey afortunado, precisamente esos pormenores están en la Historia de Grano-de-Belleza, que me reservo contarte si es que lo autorizas!"

Y el rey Schariar exclamó: "¿Qué dices, ¡Oh Schahrazada!? ¡Por Alah! Tengo un grandísimo interés por oir la Historia de Grano-de-Belleza! ¡Apresúrate, pues, a contarla!"

Pero en aquel momento Schahrazada vio aparecer la mañana, y dejó la historia para el otro día.

pero cuando llegó la 250 noche

Ella dijo:

He llegado a saber, ¡Oh rey afortunado! que hubo en el Cairo un venerable jeique, que era el síndico de los mercaderes de la ciudad. Todo el zoco le respetaba por su honradez, por sus modales corteses y distinguidos, por su lenguaje mesurado, por su riqueza y por el número de sus esclavos y servidores. Se llamaba Schamseddin.

Un dia viernes, antes de la plegaria, fue al hammam, entró después en la barbería, donde según las prescripciones sagradas, mandó que le cortaran los bigotes precisamente al ras del labio superior, y que le afeitaran con esmero la cabeza. Tras de lo cual cogió el espejo que le brindaba el barbero y se miró, no sin haber recitado el acto de fe, para preservarse de una complacencia demasiado señalada por sus facciones. Y comprobó con tristeza infinita que los pelos blancos de su barba eran mucho más numerosos que los negros, y que se necesitaba fijar mucho la atención para distinguir los negros diseminados entre los mechones blancos. Y pensó: "Las barbas canosas son indicio de vejez, y la vejez es una advertencia de la muerte. ¡Pobre Schamseddin! ¡Hete ya próximo a las puertas de la tumba, y todavía no tienes sucesión! ¡Te extinguirás como si nunca hubieras existido!"

"Después, completamente preocupado con tan desoladores pensamientos, se dirigió a la mezquita para orar, y desde allí regresó a su casa, en donde su esposa, que sabía las horas acostumbradas de su llegada, se había preparado a recibirlo, bañándose, y perfumándose, y cepillándose con mucho cuidado. Y le recibió con cara sonriente y le dio la buena acogida, diciéndole: ¡Que sea una noche feliz para tí!

Pero el síndico, sin devolver el saludo a su esposa, le dijo en tono agrio: ¿De qué felicidad me hablas? ¿Puede haber felicidad para mí?

Su esposa, asombrada, le dijo: ¡El nombre de Alah sobre tí y a tu alrededor! ¿Por qué esas suposiciones nefastas? ¿Qué te falta para ser feliz? ¿Y cuál es la causa de tu pesar?"

El contestó: Tú sola eres tal causa. ¡Escúchame!, ¡Oh mujer! ¡Piensa en la pena y amargura que experimento siempre que voy al zoco! Veo en las tiendas a los mercaderes sentados y teniendo al lado sus hijos, que crecen ante su vista, sean dos o sean cuatro. Y están orgullosos de su posteridad. ¡Y yo solo me veo privado de esa dicha! ¡Y a veces deseo la muerte, para librarme de esta vida desconsolada! ¡Y ruego a Alah, que llamó a mis padres a su seno, que escriba también un fin que ponga término a mis tormentos!"

A estas palabras, contestó la esposa del síndico: No te preocupen tan aflictivos pensamientos, y ven a honrar el mantel que he puesto para tí.

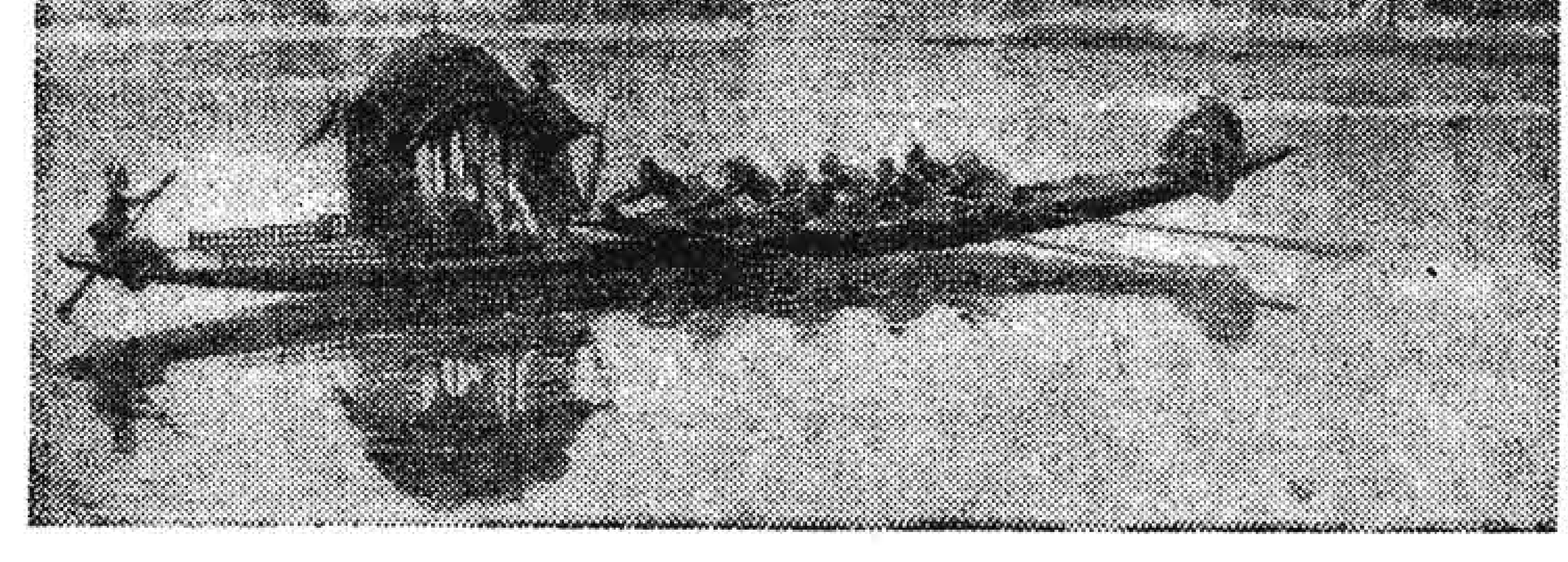
Pero el mercader gritó: ¡Jamás! ¡No quiero comer ni beber, y sobre todo, no quiero aceptar desde ahora nada de tus manos! ¡Tú sola eres la causante de nuestra esterilidad! ¡Ya han pasado cuarenta años desde que nos casamos, y sin ningún provecho! ¡Y siempre me has impedido tomar otras esposas, y como eres una mujer interesada, te aprovechaste de la flaqueza de mi carne en la primera noche de nuestras bodas, para hacerme jurar que no traería otra mujer a esta casa en tu presencia, y que ni siquiera conocería a otra más que a tí. Y lo peor es que he cumplido mi promesa, y que tú, al ver que eras estéril, no has tenido la generosidad de relevarme de mi juramento. Pero, ¡por Alah! ahora te juro que no ha de serte ya de ningún provecho, pues en lo sucesivo nada obtendrás tú tampoco de mí; ni siquiera he de acariciarte.

Cuando la mujer del síndico oyó tan agresivas palabras, vio la luz convertirse ante sus ojos en tinieblas, y con el acento más agrio que le pudo dar la ira, gritó a su esposo el síndico: ¡Ah viejo helado! ¡Perfúmate la boca para hablar conmigo! ¡El nombre de Alah sobre mí y a mi alrededor! ¡Guárdeme de toda fealdad y falsa imputación! ¿Crees que de los dos soy yo la culpable? ¡Desengáñate, infeliz viejo! ¡Echate la culpa a tí y a la frialdad de tu sangre! ¡Por Alah! ¡Ve a comprar algo con que espesar y calentar la savia de tus venas! ¡Y entonces verás si la fruta de mi jardín está llena de buena semilla, o si es estéril!

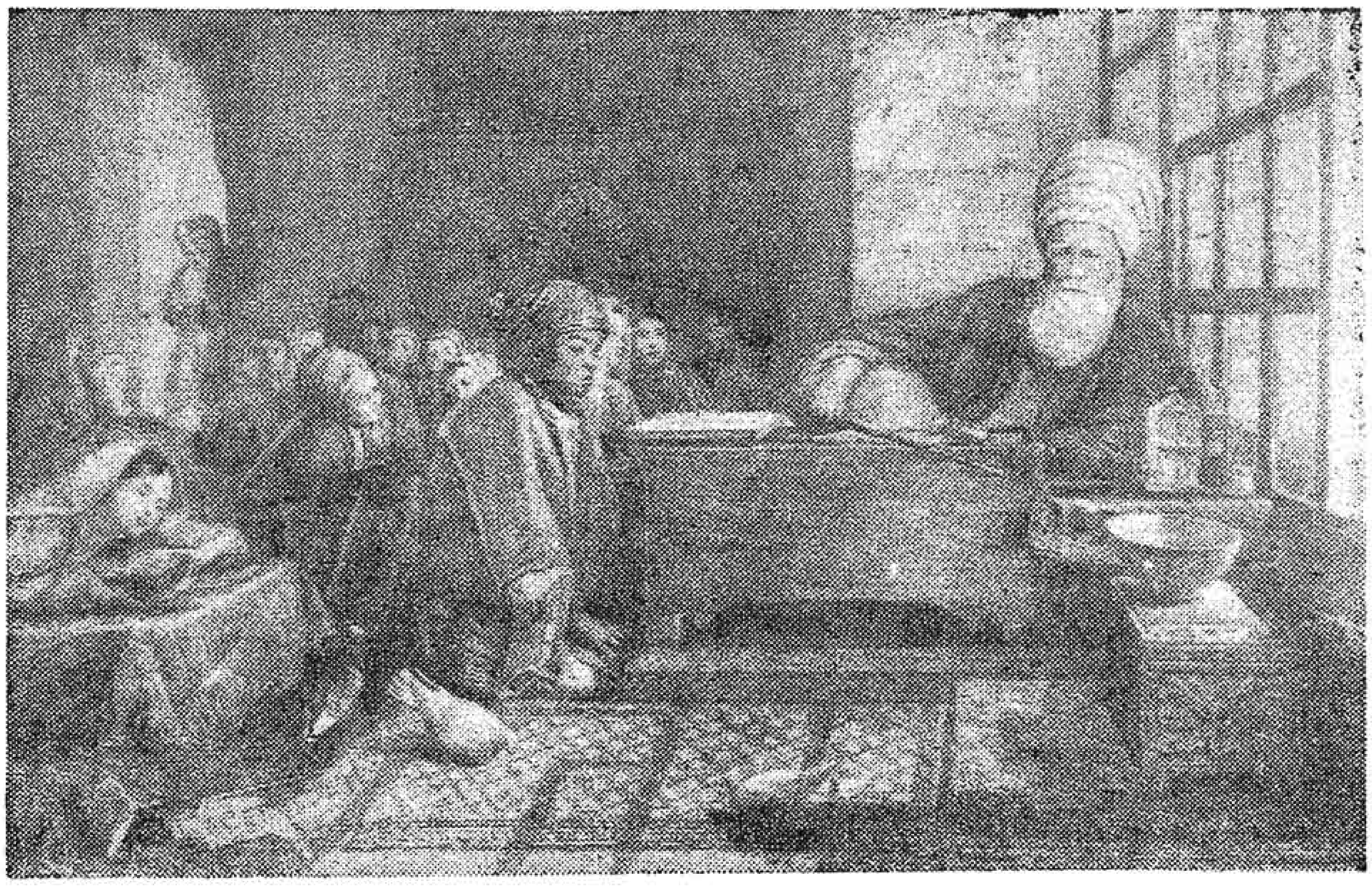
Estas palabras de su esposa irritada quebrantaron bastante las convicciones del síndico, y con acento vacilante preguntó: Y si es cierto, como tú afirmas, que mi sangre es floja y carece de virtud, ¿podrás indicarme el sitio en que se vende la droga capaz de remediarlo?

Y su esposa le contestó: ¡Encontrarás en casa de cualquier droguero la mixtura que necesitas!

En este momento de su narración, Schahrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.



pero cuando llegó la 251 noche



Ella dijo:

...la mixtura que necesitas!

Al oir estas palabras, el síndico pensó: ¡Por Alah! ¡Mañana mismo voy a la droguería a comprar un poco de esa mixtura para calentar y espesar la sangre!

Y a la mañana siguiente, apenas se abrió el zoco, el síndico cogió un tazón vacío, y fue a una droguería y le dijo al droguero: ¡La paz sea contigo!

Y el droguero le devolvió la zalema, y le dijo: ¡Oh mañana bendita que te trae como primer parroquiano! ¡Manda!

El síndico dijo: ¡Vengo a pedirte que me vendas una onza de la mixtura que calienta y espesa la sangre de los hombres! Y le alargó el tazón de porcelana.

Cuando oyó estas palabras, el droguero no supó qué pensar, y se dijo: Nuestro síndico, generalmente tan formal, tiene ganas de broma; le contestaré, pues, en el mismo tono. Y le dijo: ¡Por Alah! Ayer si que me quedaba; pero se vende tanta mixtura de esa, que se me agotó la provisión. Ve a pedírsela a mi vecino.

Entonces el síndico fue a casa del segundo droguero, y después a casa del tercero, y luego a todas las droguerías del zoco, y todos le despedían con las mismas palabras, riéndose para sí de tan extraordinaria petición.

Cuando el síndico vio que sus gestiones no le daban resultado, volvió a su tienda, y se sentó muy meditabundo y asqueado de la vida. Y mientras pasaba tan mal rato, vio que parábase a su puerta el jeique de los corredores, el mayor tragador de haschish, borracho, fumador de opio, modelo de los perdidos y de la canalla del zoco, el cual se llamaba Sésamo.

El corredor Sésamo respetaba mucho al síndico Schamseddin, y nunca pasaba por delante de su tienda sin saludarle, inclinándose hasta el suelo y usando las más corteses fórmulas. Y aquella mañana no dejó de tributar las acostumbradas consideraciones al buen síndico, que no pudo dejar de corresponder a su zalema en tono de mal humor. Y Sésamo, que lo notó, le preguntó: ¿Qué gran desastre te ha ocurrido para perturbar así tu alma, ¡oh venerable síndico nuestro!

Este contestó: Mira, Sésamo, ven a sentarte aquí y oye mis palabras. Y verás si tengo motivo para afligirme. Considera, Sésamo, que hace cuarenta años que me casé y todavía no he tenido ni sombra de un niño. ¡Y han acabado por decirme que la culpa es solo mía! Y me han aconsejado que busque en las droguerías la mixtura que espesa la sangre de los hombres. Pero ningún droguero la tiene en su tienda. ¡Y aquí me tienes desesperado, por no poder encontrar algo con que remediar mi desdicha!

Cuando el corredor Sésamo oyó las palabras del síndico, en vez de asombrarse o reirse como los drogueros, alargó la mano con la palma hacia arriba, y dijo: Pon un dinar en esta mano y dame un tazón de porcelana. Tengo lo que necesitas.

Y el síndico le preguntó: ¡Por Alah! ¿Es posible? ¡Oh Sésamo! Sabe que si me ayudas en este trance está hecha tu fortuna! ¡Te lo juro por la vida del Profeta! ¡Y para empezar, toma dos dinares en lugar de uno! Y le puso las dos monedas de oro en la mano y le entregó el tazón.

Entonces Sésamo, el borracho fabuloso, se mostró en aquella ocasión bastante superior en ciencia a todos los drogueros del zoco. Efectivamente, volvió a su casa después de haber comprado en el zoco cuanto le hacía falta, y en seguida se puso a preparar la siguiente mixtura:

Tomó dos onzas de zumo de copaiba china, una onza de extracto graso de cáñamo jónico, una de cariofilina fresca, una de cinamomo rojo de Serendib, diez dracas de cardamomo blanco de Malabar, cinco de Jenjibre indio, cinco de pimienta blanca, cinco de pimentón de las islas, una onza de bayas estrelladas de badián de la India y media onza de tomillo de las montañas. Mezclólo todo diestramente, después de machacarlo y pasarlo por el tamiz, le echó miel pura, y así formó una pasta muy compacta, a la cual añadió cinco granos de almizcle y una onza de huevas de pescado machacadas. Le añadió también un poco de julepe ligero de agua de rosas, y lo puso todo en el tazón de porcelana.

Apresuróse entonces a llevar el tazón al síndico Schamseddin, diciéndole: ¡He aquí la mixtura soberana que espesa la sangre de los hombres y les asegura descendencia!

En este momento de su narración, Schahrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

pero cuando llegó la 252 noche

Ella dijo:

—¡He aquí la mixtura soberana que espesa la sangre de los hombres y les asegura descendencia!— Después añadió: Es preciso tomar esta pasta dos horas antes de aquella en que deba surtir efecto. Pero los tres días anteriores hay que limitarse a comer únicamente pichones asados muy sazonados con especias, pescados machos con sus lechecillas, y por último criadillas de carnero ligeramente asadas. Y si con esto no llegas a consumar tus deseos, consiento en afeitarme la barba y los bigotes y te permito que me escupas en la cara.

Y dichas estas palabras, entregó al síndico el tazón de porcelana y se fue.

Entonces el síndico pensó: ¡Este Sésamo, que se pasa la vida en el libertinaje, seguramente debe entender de drogas tales como las que yo ando buscando! ¡Voy a poner mi fe en Alah y en él!

Y se volvió a su casa y se reconcilió con su esposa, a la cual, por otra parte, amaba, y ella le amaba a él, y ambos se dieron mutuas explicaciones por su arrebato pasajero, y se hicieron presente cuánta pena les había causado estar reñidos toda una noche por palabras sin importancia; después de lo cual, Schamseddin siguió escrupulosamente durante tres días el régimen prescrito por Sésamo, y acabó por comerse la consabida pasta, que le pareció excelente; y a los nueve meses día por día, después de aquella noche, la mujer parió con felicidad, pero con muchas dificultades, porque el niño que nació era tan grande como si tuviera un año. Y la comadrona declaró, tras las invocaciones acostumbradas, que en su vida había visto niño tan fuerte ni hermoso. Lo cual no es de asombrar si se recuerda la pasta maravillosa de Sésamo.

La comadrona recogió al niño y lo lavó invocando el nombre de Alah, de Mohammad y de Alí, y le recitó al oído el acto de fe musulmán. Le envolvió y se lo dio a la madre, que le amamantó hasta que quedó saciado y dormido. Y la comadrona pasó otros tres días junto a la madre, y no se fue hasta no estar segura de que todo iba bien y después de haberse repartido entre las vecinas las golosinas preparadas con tal motivo.

Al séptimo día echaron sal en la habitación, y entonces entró el síndico a felicitar a su esposa. Luego le preguntó: ¿En dónde está el don de Alah?

En seguida ella le mostró el recién nacido. Y el síndico Schamseddin quedó maravillado de la hermosura de aquel niño de siete días, que parecía tener un año, y cuya cara era más brillante que la luna llena al salir. Y

preguntó a su esposa ¿Cómo le vas a llamar?

Ella contestó: Si fuera una niña ya le habría puesto nombre, ¡Pero como es un niño a tí te corresponde!

Y en aquel momento una de las esclavas que envolvían al niño lloró de emoción y placer al advertir en la cadera izquierda del chico una linda mancha obscura como un grano de almizcle, que resaltaba por su forma y color encima de la blancura de lo demás. Y en cada una de las dos mejillas del niño también había un bonito lunar negro y aterciopelado. Y el digno síndico, inspirado por aquel descubrimiento, exclamó: ¡Le llamaremos Alaeddin Grano-de-Belleza!

Llamóse, pues, al niño Alaeddin Grano-de-Belleza; pero como tal nombre resultaba muy largo, nunca le llamaban más que Grano-de-Belleza. Y a Grano-de-Belleza le amamantaron durante cuatro años dos nodrizas distintas y su madre; así es que llegó a ser fuerte como un leoncillo, y blanco como el jazmín, y sonrosado como las rosas. Y era tan hermoso, que todas las niñas de parientes y vecinos le querían con locura, y él aceptaba sus homenajes, pero nunca consentía que le besaran, y las arañaba cruelmente cuando se le acercaban demasiado; así es que las niñas y hasta las jóvenes se aprovechaban de su sueño para ir a cubrirlo de besos impunemente y a maravillarse de su hermosura y lozanía.

Cuando el padre y la madre de Grano-de-Belleza vieron cuán admirado y mimado era su hijo, temieron al mal de ojo, y resolvieron sustraerle a tan maligno influjo. Y con tal fin, en vez de hacer como otros padres que dejan que las moscas y la suciedad cubran la cara de sus hijos para que parezcan menos guapos y no atraigan al mal de ojo, los padres de Grano-de-Belleza encerraron al niño en un subterráneo situado debajo de la casa y le criaron allí lejos de todas las miradas. Y Grano-de-Belleza crióse de aquel modo ignorado de todos, pero rodeado de los cuidados incesantes de esclavos y eunucos. Y cuando fue mayor le dieron maestros instruidísimos que le enseñaron el Korán, las ciencias y escribir bien. Y llegó a ser tan sabio como hermoso y bien formado. Y sus padres resolvieron no sacarle del subterráneo hasta que las barbas le crecieron tanto que le arrastraron.

En este momento de su narración, Schahrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

pero cuando llegó la 253 noche

Ella dijo:

. . . hasta que las barbas le crecieran tanto que le arrastraran.

Pero cierto día un esclavo que llevaba a Grano-de-Belleza unas fuentes con manjares, no se acordó de cerrar al salir la puerta del subterráneo; y Grano-de-Belleza, al ver abierta aquella puerta, en la cual nunca antes se había fijado, dado lo amplio que era el subterráneo aquel, lleno de tapices y cortinajes, se apresuró a salir y a subir al piso en que se encontraba su madre rodeada por diversas damas aristocráticas que habían ido a visitarla.

A la sazón, Grano-de-Belleza habíase convertido en un maravilloso y arrogante joven de catorce años, hermoso como un ángel, con las mejillas aterciopeladas como un fruto, y sus lunares a ambos lados de los labios, sin contar el que no se le veía.

De modo que cuando las damas vieron entrar de pronto a aquel hermoso joven, a quien no conocían, apresuráronse muy asustadas a taparse el rostro con los velos, y dijeron a la esposa de Schamseddin: ¡Por Alah! ¿No te avergüenzas de traer junto a nosotras a un extraño? ¿No sabes que el pudor es uno de los dogmas esenciales de la fe?

Pero la madre de Grano-de-Belleza contestó: ¡Invocad el nombre de Alah! ¡Oh invitadas mías! ¡pues el que veis no es otro que mi hijo amado, fruto de mis entrañas, el hijo del síndico de los mercaderes del Cairo, el que ha sido criado por los pechos de nodrizas generosas y en brazos de hermosas esclavas, y hombros de vírgenes escogidas, y en el pecho de las más puras y nobles! ¡Es el ojo de su madre y el orgullo de su padre! ¡Es Grano-de-Belleza! ¡Invocad el nombre de Alah, ¡oh mis convidadas!

Y las esposas de los emires y de los mercaderes ricos, contestaron: ¡El nombre de Alah sobre tí y a tu alrededor! Pero ¡Oh madre de Grano-de-Belleza! ¿cómo es que nunca hasta hoy nos enseñaste a tu hijo?

Entonces la esposa de Schamseddin empezó por levantarse, y besó a su hijo en los ojos, y le despidió para que no estorbase más a las invitadas, y después les dijo: Su padre mandó criarle en el subterráneo de nuestra casa para librarle del mal de ojo. Y ha resuelto no enseñarle hasta que le haya crecido la barba, por lo mucho que teme llamar sobre él peligros y malos influjos. Y si ha salido ahora debe ser por culpa de algún eunuco que se habrá olvidado de cerrar la puerta.

Oídas estas palabras, las convidadas felicitaron mucho a la esposa del síndico por tener un hijo tan hermoso, y le desearon las bendiciones del Altísimo, y luego se fueron.

Entonces Grano-de-Belleza volvió junto a su madre, y al ver que los esclavos enjaezaban una mula, preguntó: ¿Para quién es esa mula?

Ella contestó: Para ir a buscar a tu padre al zoco.

El preguntó nuevamente: ¿Y cuál es el oficio de mi padre?

Y ella dijo: Tu padre, ¡ojos míos! es un gran comerciante y síndico de todos los mercaderes del Cairo, y proveedor del sultán de los árabes y de todos los reyes musulmanes. Y para que te formes idea de la importancia de tu padre, sabe que los compradores no se dirigen a él más que para grandes negocios, cuyo importe pase de mil dinares; pero si el negocio es menor, aunque se trate de 990 dinares, se ocupan de ello los empleados de tu padre, y no hay mercancía ni cargamento que pueda entrar ni salir sin que antes se entere tu padre y le pidan parecer. Alah ha otorgado a tu padre, ¡Oh hijo mío! riquezas incalculables. ¡Démosle gracias!

Grano-de-Belleza contestó: ¡Sí! ¡Loor a Alah que me ha hecho nacer hijo del síndico de los mercaderes! ¡Por eso ya no quiero pasar la vida encerrado lejos de todas las miradas, y desde mañana tengo que ir al zoco con mi padre!

Y la madre contestó: ¡Alah te oiga, hijo mío! ¡En cuanto vuelva tu padre se lo diré!

Y en cuanto Schamseddin volvió, su esposa le refirió lo que acababa de ocurrir, y le dijo: Ya es tiempo de que nuestro hijo vaya al zoco contigo.

El síndico respondió: ¡Oh madre de Grano-de-Belleza! ¿Ignoras que el mal de ojo es una realidad de las más amargas y lamentables y que no se pueden gastar bromas con cosas tan serias? ¿Olvidaste la suerte del hijo de nuestro vecino y la de otros muchos, víctimas del mal de ojo? ¡Te prevengo que la mitad de los muertos que están enterrados han perecido por el mal de ojo!

La mujer del síndico contestó: ¡Oh padre de Grano-de-Belleza! ¡Realmente el destino del hombre está sujeto a su cuello! ¿Cómo ha de poder librarse de él? Y la cosa escrita no puede borrarse, y el hijo seguirá el mismo camino que su padre en vida y en muerte. ¡Y lo que existe hoy ya no existirá mañana! ¡Y piensa en las consecuencias funestas de que nuestro hijo sea víctima algún día por culpa tuya! ¡Efectivamente, cuando después de una vida que te deseo larga siempre bendita, te hayas muerto, nadie querrá reconocer a nuestro hijo por heredero legítimo de tus riquezas y propiedades, puesto que hasta hoy todo el mundo ignora su existencia! Y de tal suerte, el Tesoro del Estado se apoderará de todos tus bienes y desposeerá a tu hijo sin remedio. ¡Y por mucho que yo invoque el testimonio de los ancianos, los ancianos tendrán que decir: Nunca nos hemos enterado de que el síndico Schamseddin tuviera ningún hijo ni hija!

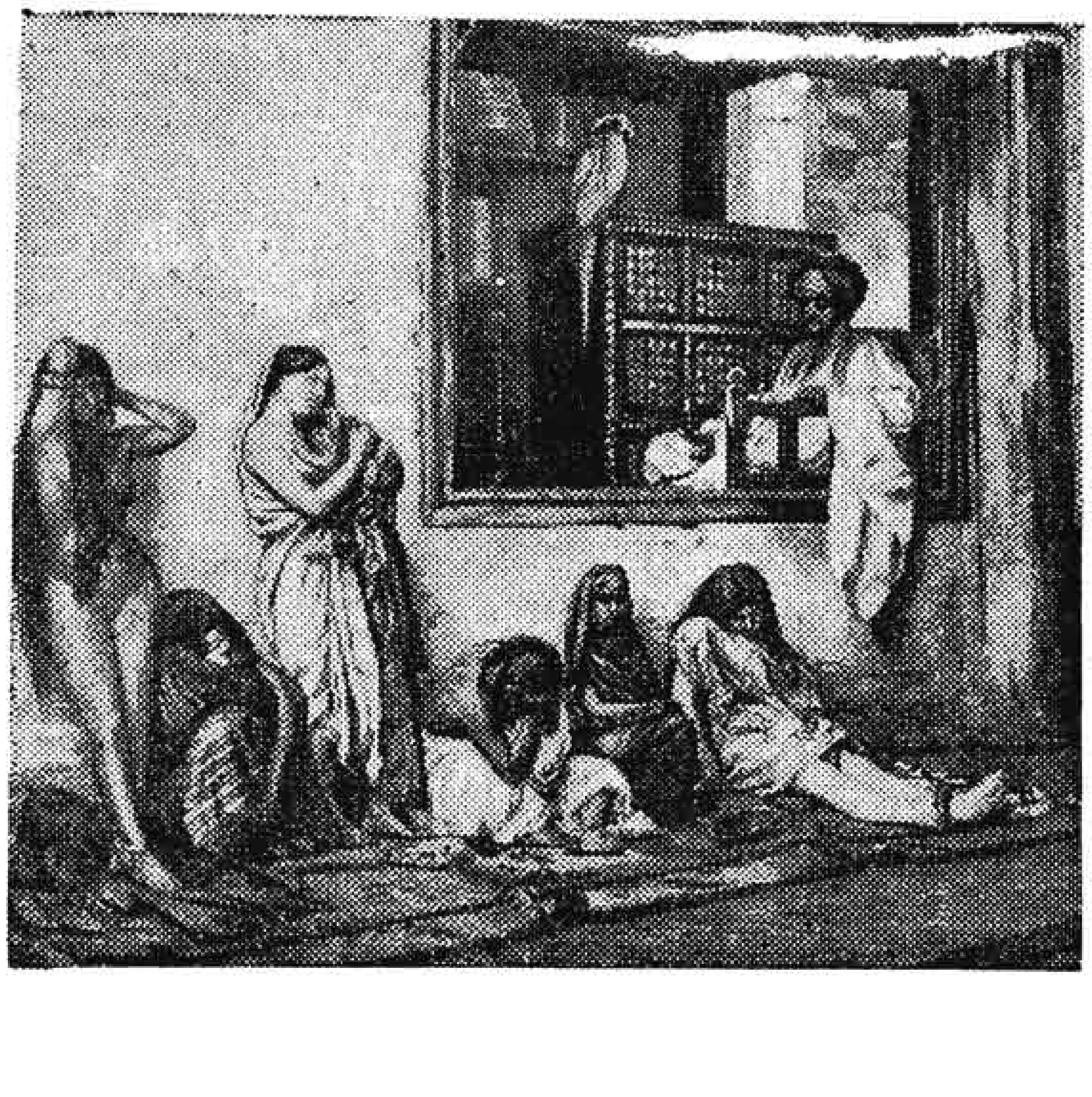
Palabras tan sensatas hicieron reflexionar al síndico, que contestó al cabo de un rato: ¡Por Alah! ¡Tienes razón, ¡oh mujer! Mañana mismo llevaré conmigo a Grano-de-Belleza, y le enseñaré a vender y comprar, y las negociaciones, y todos los elementos del oficio.

Después se volvió hacia Grano-de-Belleza, transportado de alegría por aquella noticia, y le dijo: ¡Ya sé que te encanta ir conmigo. ¡Pero sabe, hijo mío, que en el zoco hay que ser muy formal y tener los ojos bajos con modestia! ¡Espero, pues, que pongas en práctica las sabias lecciones de tus maestros y los buenos principios en que te has criado!

Al día siguiente el síndico Schamseddin, antes de llevar a su hijo al zoco, le hizo entrar en el hammam. . .

En este momento de su narración, Schahrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Y LUNES, a imitación de Schahrazada, viendo llegado el fin del espacio disponible en este número, suspende aquí la narración para reanudarla en el próximo con las palabras que ella dijo en la noche 254ª.



19 DE JULIO DE 1958

cuento por josé manuel otero

Esa mañana amaneció como de costumbre: la tiranía se ensañaba cobardemente con el pueblo: jóvenes muertos con el cuerpo acribillado a balazos, aparecían por dondequiera, las perseguidoras aullaban de noche como ave de mal agüero, tiros sonaban por todas partes arrancando vidas jóvenes.

Esa mañana, María habíase tirado temprano de la cama, porque el ruido de las sirenas de muchas perseguidoras llegaban al barrio con estrépito ensordecedor. La bata de casa se la puso llegando ya a la ventana. Cuando se asomó y miró para la calle, las voces que llegaron a sus oídos la paralizaron de terror.

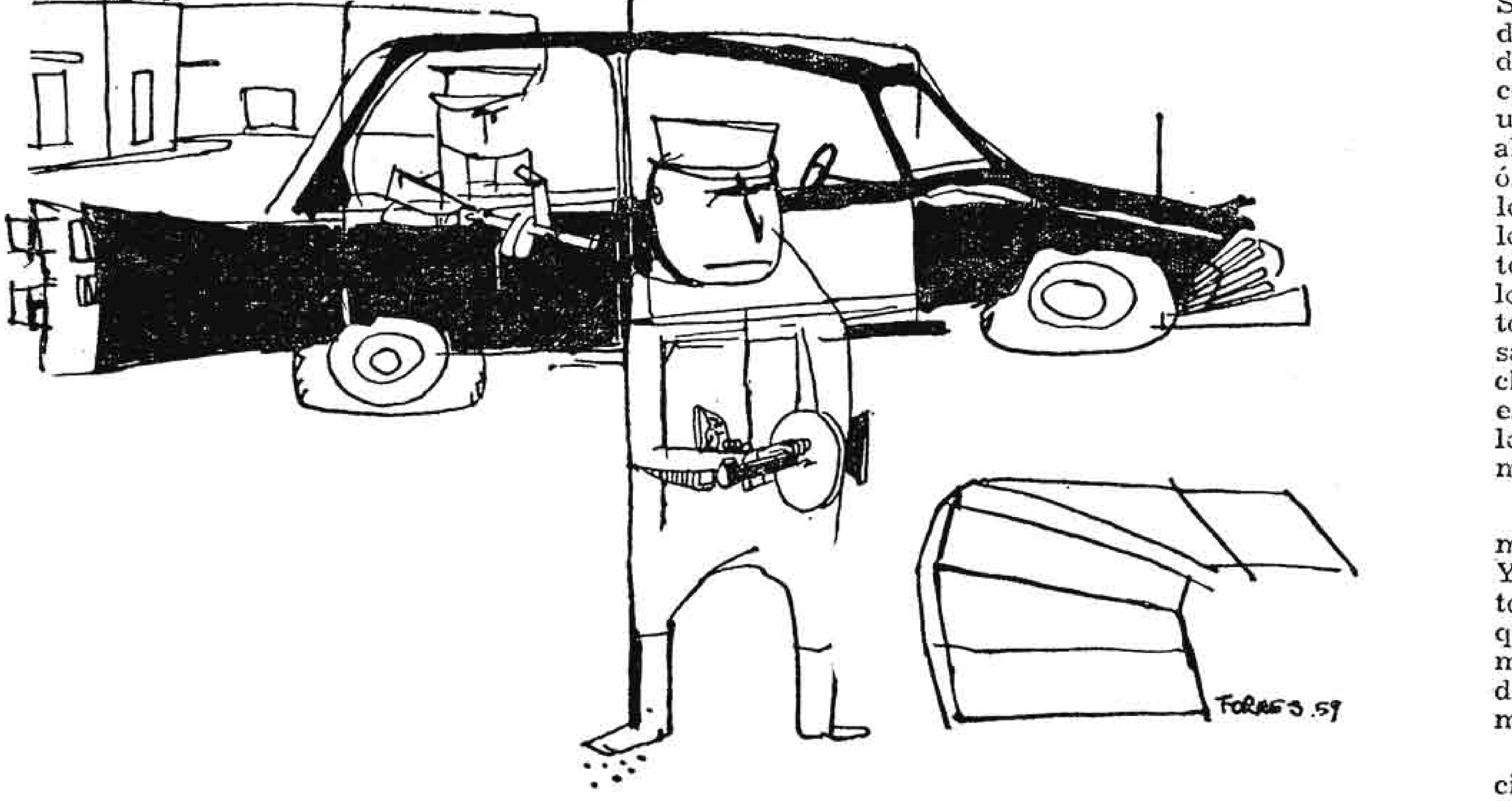
—Dicen que hay armas por aquí.

—Van a registrar todas las casas de la cuadra.

—¡Al que cojan con un casquillo, lo parten por la mitad!

—Están ahora en la bodega...

El terror la dominó. Desde que tenía aquello en el fondo de la cisterna, los días pasaban arrastrando temores, soñando de noche no sé cuántas cosas raras. Ella se opuso al marido. diciéndole que tanto bulto que hacían podían descubrirse fácilmente. El, en cambio, le dijo que nadie podría saber que estaban allí, porque las había traído de noche tarde, cuando venía del trabajo, y que las había traído una por una. Además, la tranquilizaba cuando le decía que en el lugar que estaban y la forma en que se encontraban, nadie podría dar con ellas. Una semana nada más estarían allí. Después la llevarían al lugar donde de verdad serían útiles, donde tendrían una función liberadora,



combatiendo con ellas a la tiranía. No siendo que todo se pusiera en contra nuestra y faltara el agua.

—¡Algo tengo que hacer! —le decía él.

—Pero... si vienen a registrar la casa —le contestaba María sobresaltada.

—La revolución necesita hoy de nosotros.

—Lo sé, pero no puedo aguantar el miedo.

Ese miedo la acosaba día tras día. El frenazo de una máquina en la calle, la sirena de las perseguidoras, el toque a la puerta de cualquier vecino o vendedor callejero, la hacía soltar aquello que tuviera en las manos, precipitándola hacia la puerta. Nunca abría la puerta de momento, asomábase primero por la ventana, pálida y desencajada, dando muestras de inseguridad, desasosiego, sin saber lo que iba a decir cuando algo le preguntaban, pues su mente estaba allá en el fondo de la cisterna, que no la dejaba dormir, ni tenía gusto siquiera para comer. Salía apenas un rato, porque no quería dejar la casa sola por miedo a lo que "estaba bien guardado", según decía su marido. Una vecina le dijo sin esperarlo:

—De un tiempo acá estás siempre asustada... Como si tuvieras un criminal escondío.

Se estremeció de pies a cabeza. No dijo una palabra y el silencio le hizo recordar el refrán: "el que calla, otorga". Y fué a buscarla para explicarle y le explicara; pero tenía que hablar de manera que ella no fuera imaginarse nada. Por si descubría en su interés por explicarse que había algo que estaba escondiendo.

—¡Qué pena me da contigo!...

—¿Pena?...

—No te contesté nada esta mañana.

—¿De qué hablas, mujer?...

—Eso que dijiste esta mañana... ¡que estaba asustada!

—¡Pero qué te pasa! ¿Estarás poniéndote neurasténica?

Recobró su aplomo. Sabía ya que su vecina no sabía nada. Pero qué duro le era vivir así. Qué esfuerzo tuvo que hacer para llegar hasta su vecina para comprobar que no sabía nada. Tanto era su temor, su miedo, que se convirtió en espía de sus vecinos: los espiaba de detrás de las persianas, llegaba cuando nadie la esperaba tratando de sorprender algún pedazo de conversación: a los que pasaban por la calle velaba, para ver si miraban para la casa; escudriñaba sin perder detalle todos los movimientos de los que se paraban en la esquina: los gestos de la mano, cuando hablaban para dónde dirigían la cabeza; dejaba lo que estaba haciendo al sentir la guagua detenerse en la esquina y observaba quien se bajaba; no ponía el radio para no hacer bulla y así poder oír todo lo que ocurría a su alrededor; ni la olla de presión utilizaba por la fuerza que hacía el vapor al ser expelido. De otra parte, no hacía más que darle vueltas a la entrada de agua para comprobar si había suficiente. Hacía una semana la casa se había convertido en un desbarajuste: la comida nunca estaba a su hora, el polvo se arrinconaba por los rincones y encima de los muebles, en los cuartos las camas sin arreglar y en la cocina sólo se fregaba lo que se necesitaba. María no tenía otro pensamiento que en lo que estaba en el fondo de la cisterna, si lo descubrían, qué decía, qué justificación podía dar si ellos no sabían ni manejarlas, para qué servían si ellos no la necesitaban, y concluirían con razón para quienes eran. Los pensamientos iban y venían, tan pronto pensaba si las descubrían como daba paso a la idea de que en la forma en que estaban ocultas nadie podría descubrirlas.

Mientras tanto, las voces seguían llegándole de la calle y desde la ventana seguía todos los movimientos con atención de aquel grupo que dominaba la calle como fortaleza conquistada: hombres de uniforme y otros vestidos como cualquiera otro que vista camisa y pantalón, asomando por la camisa el arma intimidadora. Cerrada la cuadra y paralizado el tráfico. Los que vivían en la cuadra fueron amenazados para que no salieran de sus casas. La manzana fué rodeada y las ametralladoras apuntaban por doquier en espera de un combate contra un enemigo que no aparecía. No le temían a una agresión, le temían a la reacción del pueblo que los repudiaba y los despreciaba. Sus caras eran hoscas e incapaces de albergar un sentimiento noble. Pobres hombres que estaban cavando sus propias tumbas por defender, ¿a quién?, ellos mismos no lo sabían, creían que solo defendían al tirano... cuarenta y nueve estrellas gravitaban sobre sus cabezas. María seguía paso a paso todos los movimientos, al mismo tiempo que monologaba cortas oraciones.

—Ya están en la casa de "Chicha"... Le han dado un empujón a la viejita... Ahora le dan una patada a la silla... Uno salió con un radio debajo del brazo... Son unos ladrones... Se me olvidó guardarlo todo... Uno de ellos está hablando con el nieto de "Chicha"... El muchacho está blanco como la pared... Otro viene y le da una bofetada... ¡Cobardes, asesinos, abusadores!... Tal parece que tienen órdenes contra la juventud... El que le dió un empujón a la viejita, ahora le dice groserías... Dan asco estas gentes... Parecen haber nacido de un palo podrido... ¡Qué lenguaje el de estos puercos!... Dicen que en las casas no hay más que porquería... Cochinos... Cochinooooos... —un grito la estremeció de indignación y una valentía afloró resuelta y pujante como nunca antes.

Ya no era la misma. Una nueva mujer habíase transformado en ella. Y seguía con atención los movimientos de los hombres, ahora sin sentir que sus rodillas temblaban, pero temiendo que las descubrieran y no pudieran llegar a su destino. Y seguía monologando.

—Uno señaló para acá... Vienen cinco para acá... Se pararon en medio de la calle... Dijeron algo... Ya vienen... Están en el portal y van a tocar... Esperaré un momento y después abriré... Ya tocaron una vez... Esperaré el otro toque... Ya... Voy a abrir ahora...

Abrió la puerta.

—Señora, usted está sorda —ladró el que parecía el Jefe.

—Estaría haciéndose papelitos —dijo otro de cara mofletuda y soltó una carcajada ruidosa.

—Venimos a registrar la casa... Dicen que hay armas por aquí, ¿estarán en su casa?... —haciendo un gesto con la cara provocativamente, con un cinismo nunca visto, dijo el que parecía el Jefe.

—Aquí no hay... nada —volvieron a temblarles las piernas, pero María sabía que no era ya por miedo a los esbirros—. Mi marido trabaja de mecánico en un taller. No... no nos metemos en nada —agregó con dificultad.

Dramatis Personae

El autor .. .. Virgilio Piñera
El director .. .. Julio Matas
El crítico .. .. Rine Leal

Escenario: la acción en la redacción de "Lunes de Revolución". Mesas, burós, máquinas de escribir, mucho ruido, mujeres bellas contoneándose hombres trabajando, etc. Todo lo que ayude a crear un gran periódico. Un mensajero trae café.

Acción: La Habana, agosto de 1959.

"EL FLACO Y EL GORDO"

entrevista por rine r. leal fotos de jesse fernández

SE ABRE EL TELON

Rine: **(sentado frente a una máquina de escribir):** ¿Cuándo se estrena tu comedia?

Virgilio: **(con un paraguas muy británico):** Comenzamos el viernes 4 y luego 5, 6, 11, 12 y 13 de septiembre en el Lyceum.

Rine: ¿Qué reparto?

Julio: **(a un extremo del buró):** "El flaco y el gordo" llevará a Eugenio Domínguez, Carlos Fernández, Jaime Soriano, y David Camps. Estrenamos también "La Joven Casadera" de Ionesco, con Elena Huerta, Leonor Borrero y Carmelo de Paula.

Rine: ¿Cómo surgió la idea de tu obra?

Virgilio: En realidad, la obra es un entretenimiento, un divertissement" que hice mientras trabajaba en el tercer acto de "Aire Frío". que está aún por terminar. Era un impasse motivado por una serie de problemas sentimentales, entre ellos la muerte de mi madre.

Rine: Pero se ha hablado que "El flaco y el gordo" es una obra social...

Virgilio: Claro que sí. He pretendido tratar los problemas sociales por la vía del absurdo..Mi pieza es social... pero teatral.

Rine: ¿Cómo se entiende eso?

Virgilio: Es que la mayoría de las obras sociales de que tanto se habla ahora no son realmente teatrales. En meses pasados vi una obra pretendidamente social que no era ni social ni teatral, porque se había caído en la ingenuidad de hacer la prédica al pie de la letra, sin valores teatrales de ninguna clase. En esa Obrita el público bostezó y no salió redimido socialmente para nada. He pretendido con "El flaco y el gordo" darle al público lo fundamental del teatro —y esto es más importante que el mensaje social— y distraerlo. En las carcajadas, aspavientos, sacudidas, etc., va incluído el mensaje social pero indirecto para que la gente se lo trague, de la misma manera que las recetas médicas adornan al palmacristi con un sabor dulzón.

Rine: ¿Cuál es su tema?

Virgilio: Muy simple. Un hombre flaco está en un hospital...

Rine: ¡Un momento! Tú me dijiste hace tiempo que era en una cárcel...

Virgilio: Cierto, pero luego cambié el escenario. Bueno, pues el flaco tiene fracturada una pierna y le han dado como compañero un hombre gordo, quien a su vez posee un brazo fracturado. El gordo tiene dinero, es comelón y se da cuenta de que un modo de torturar al flaco es comiendo constantemente ante su vista. Toda la primera parte de la pieza...

Rine: ¿Es en un acto?

Virgilio: Pero dividido en dos cuadros por un breve telón... Prosigo, toda la primera parte de la pieza en la tortura del flaco por el gordo al mismo tiempo que la promesa de compartir los alimentos, **(desde luego, una promesa mentida)** si el flaco realiza las pruebas a que el gordo le somete. Demás está decir que el flaco ha sido vencido de antemano. Después de este festín unilateral, hay una pequeña cortina y se escuchan los siguientes versos:

Aunque el mundo sea redondo,
y Juan no se llame Paco,
es indudable que al gordo
siempre se lo come el flaco.

Rine: ¿Y el segundo cuadro?

Virgilio: Esto anticipa el revés de la pieza: aparece entonces el flaco sentado a la mesa, chupando el último hueso del gordo, es decir, se lo ha comido. Y para colmo, viste el propio pijama de éste, amén de robar su cartera. El nuevo gordo **(porque el antiguo flaha engordado)** espera salir del Hospital sin mayores riesgos, pero he aquí que entra el médico, revisa la pierna y le ordena quince días más de confinamiento. Tal contingencia espanta al nuevo gordo y trata de convencer infructuosamente a un sirviente de su necesidad de salir, pero en ese momento —y he aquí el clímax de la obra— entra un nuevo flaco y se acerca al nuevo gordo para preguntarle qué le sucede. Cuando el gordo levanta la cabeza queda aterrado, pues descubre en el nuevo flaco a su ineluctable victimario, con lo cual el nuevo gordo corre hacia la puerta tratando inúltimente de pedir socorro.

Rine: ¿Y cuál es su mensaje social?

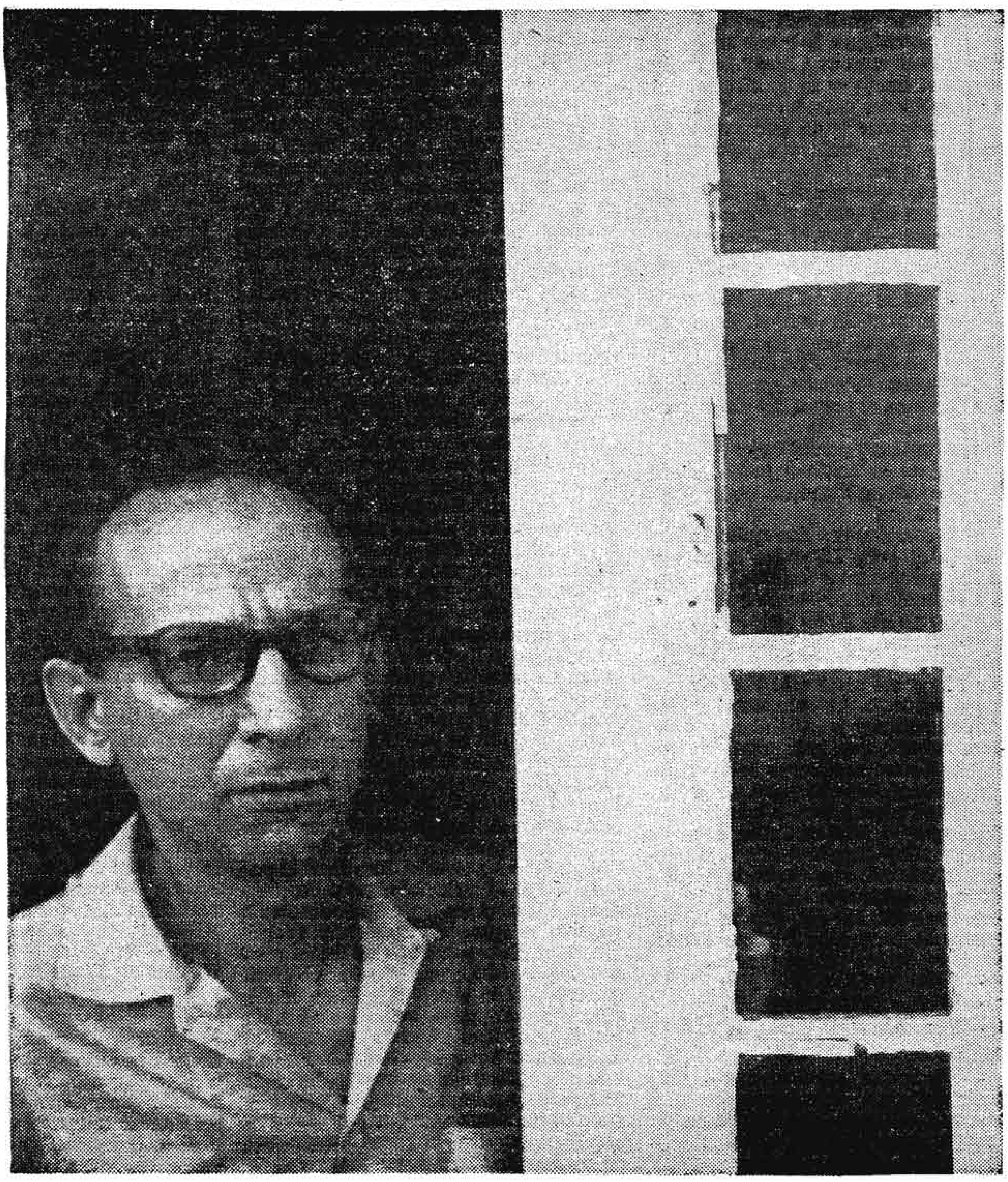
Julio: ¿Puedo contestar eso como director?

Rine y Virgilio: Desde luego.

Julio: Creo que éste es el mensaje social de la pieza: mientras el sistema social no cambie, no se haga más justo, se producirán siempre gordos y flacos y es en ese sentido que he enfocado mi dirección, pensando siempre en un sistema social y presentando las consecuencias del mismo. En un cambio donde exista un sistema, un clima social y económicamente satisfactorio, no se producirán los casos extremos de gordos y flacos y por tanto cesará la antropofagia, es decir, que el hombre se coma al hombre.

Rine: Virgilio, ¿de acuerdo?

Virgilio: De acuerdo. Yo también espero que alguna vez no haya gordos ni flacos, y que no exista la necesidad social de comerse siempre al gordo. Si se escriben obras sociales es porque hay un conflicto so-



El autor, Virgilio Piñera

cial planteado, es decir, una situación social que por el momento es permanente, aunque desde luego, puede cambiar. Yo espero que la situación de "El flaco y el gordo" sea transitoria.

Rine: Julio, ¿qué dificultad has tenido con la obra?

Julio: En primer lugar, el actor gordo tenía que ser un gordo de verdad y éste era inexperto; ha costado un poco de trabajo que se pusiera a tono con las exigencias de la obra **(por otra parte, muy difícil)** pero ya el resultado se ve que va a ser realmente satisfactorio.

Rine: ¿Hubo problemas de otro tipo?

Julio: Aparte de las dificultades con el material humano, hubo las contingencias técnicas previsibles en todo tipo de teatro expérimental. Aquí no habrá utilidades para nadie...

Rine: ¿Ni derechos de autor?

Julio y Virgilio: Ni derechos de autor

Rine: ¿Hay alguna diferencia entre "El flaco..." y el trabajo anterior de Virgilio?

Julio: Es el mismo Virgilio de siempre, el mismo de "Falsa Alarma" que yo dirigí y en la obra se reconoce la mano de un autor maduro, aunque como cosa de **"metier"** teatral es una pieza más acabada, más segura que "Farsa Alarma".

Virgilio: Aclara bien ahí que no quiero que me cuelguen otra vez la etiqueta de Ionesco o Beckett ahora. Soy yo mismo, no otro autor. Yo hice absurdo antes que Ionesco. Tú lo sabes.

Rine: Leí "Falsa Alarma" en "Orígenes" años antes que "La Soprano Calva", tienes razón.

Julio: El programa se completa con una obra en un acto de Ionesco...

Virgilio: Pero quiero que mi comedia se defienda sola. Estoy satisfecho con la obra. Hasta ahora ningún dramaturgo cubano se ha colocado en un plano internacional, incluyéndome yo mismo, por supuesto. No voy a analizar por el momento las causas, pero es absolutamente necesario que este hecho se produzca, cualquiera que sea el autor, escogido por la suerte o el talento.

Rine: ¿Algo más?

Virgilio: La obra hablará por mí.

Julio: Escribe la necesidad en que estamos los jóvenes directores que el gobierno abra salas de teatro experimental para que las dificultades afrontadas con esta comedia se venzan en un futuro. Es el único modo de avanzar en el teatro.

Rine: Complacido, escribiré todo lo que ustedes me han dicho, sin poner o quitar una coma Lo prometo...

TELON RAPIDO
(Algunos Aplausos)



El Director, Julio Mata

"EL FLACO Y EL GORDO"

por virgilio piñera



ESCENA I

Un cuarto en un hospital. Dos camas, dos sillas, una mesa. Al levantarse el telón, el Flaco, en pijama y con la pierna derecha enyesada, está sentado en el borde de la cama. Se mira la pierna.

Flaco: ¡Cuándo me quitarán este cochino yeso! *(pausa)* Esta gente se figura que las cosas son muy fáciles... *(pausa)* ¡Claro, muy lindo tenerme con la pierna enyesada. Parece una columna *(pone rígida la pierna)*. Y mientras el palo va y viene, yo vivo del aire! *(pausa)* Pensar que todavía tengo que aguantar un día más. *(pausa) Por* robarme una gallina me partí la pata. Pensé matar el hambre vieja en este hospital, pero está visto que tengo mala suerte. *(pausa)* A la verdad que tengo una suerte de perro: iba tirando de lo mejor con las gallinas. Bueno, me parto la pata, por poco me cogen con las manos en la masa —menos mal que a la gallina se le ocurrió esconderse— y encima de todo eso, me matan de hambre. Si sigo enflaqueciendo sacarán de aquí mi esqueleto. *(vuelve a mirar la pierna)* ¡La única que no enflaquece eres tú!... ¡Cabrona! *(pausa. Se levanta, va hacia la otra cama, levanta la sábana, toca el colchón)* ¡Claro, puesto que a se gordo como tiene guano, le pusieron colchón! *(pausa)* No sé para qué rayos quiere el colchón. Con la grasa que tiene... *(pausa)* Y se me clava; lo tengo parado aquí, en la boca del estómago... Con su finura y todo. *(imitada al Gordo)* ¿Cómo amaneció? ¿Me hace el favor? ¿Va mejor su pierna? Mi brazo ya no me duele, pero por lo que pueda suceder iré con el masajista. *(Se sienta en una de las sillas)* ¡Ese gordo es la misma muerte! ¡Y qué manera de comer! *(pausa)* Se manda cada filete, que da gusto. El que tiene, tiene.... *(pausa)* Y yo, tragando la bazofia que dan aquí, y sin un salao kilo para comprar nada. *(pausa)* Bueno, a quien Dios se lo dió... *(pausa)* Ese gordo nació de pie.

(Entra el Gordo. Doscientas libras, gran barriga. Unos treinta años. Brazo izquierdo enyesado. Viste pijama de seda floreado. Rié atronadoramente.)

Flaco: ¿Se puede saber qué pasa?

(Nuevas y más estentóreas carcajadas del Gordo, que finalmente se desploma en la otra silla.)

Flaco: Se te va a romper la vena del pezcuezo... Eso mismo le pasó a un tío mío. Cayó redondo, y más nunca volvió a reirse.

Gordo: *(parando de reir)* Es que ese mediquito cree saberlo todo... *(pausa)* Sabe usted lo que vino a decirme, a mí, que soy experto en comidas.

Flaco: *(haciendo un mohín de disgusto)* ¡Ya salió eso!

Gordo: *(con tono burlón)* ¿Repugnancias con el dulce ..?

Flaco: Es que te pasas el santo día con la comida en la boca.

Gordo: Tengo los billetes suficientes para adquirirla. No tengo la culpa que mi padre me dejara una fortunita. *(pausa)* Pues ese mediquito jura y perjura que la carne con papas lleva... tocino. ¡Tocino! ¡Cielo santo! ¡Nada menos que tocino!

Flaco: Hace rato que no como carne con papas...

Gordo: Nadie se lo ha preguntado. Yo no he dicho que usted pase años enteros sin comer carne con papas *(lo cual, por otra parte, es de muy mal gusto)*. Lo que yo he dicho...

Flaco: *(lo interrumpe)* Después de todo, no creo que el tocino... Se puede sacar del plato.

Gordo: *(estallando)* ¡Pero, bruto! Y el gusto, el sabor... Está visto que usted no entiende media palabra de arte culinario.

Flaco: Lo único que yo sé es que tengo hambre vieja.

Gordo: Cualquiera diría que las autoridades de esta casa hospitalaria lo dejan sin comer. (*pausa*) Si mis ojos no me engañan, el sirviente le trae su almuerzo a las doce y su comida a las seis. (*pausa*) Ahora bien, si no le basta con la generosa ración que ofrece, gra-tui-ta-men-te, el hospital, entonces haga como yo: pida a la carta.

Flaco: ¡Pida, pida, pida!... Pida por esa boca... (*pausa*) Con qué se sienta la cucaracha.

Gordo: (*impasible*) Pues voy a pedir carne con papas para el almuerzo. ¿Qué hora es?

Flaco: Mañana, lo mismo que hoy.... Hoy, lo mismo que ayer...

Gordo: No he preguntado ni por hoy ni por mañana. (*pausa*) ¿Qué hora es?

Flaco: Sopa aguada, harina y boniatos.

Gordo: ¿Qué hora es?

Flaco: No falta mucho...

Gordo: Eso es... No falta mucho. (*pausa*) Veamos qué me pide hoy el estómago (*se toca el estómago*) ¿Qué te gustaría almorzar?

Flaco: Yo digo que no falta mucho para mi salida del hospital.

Gordo: Exactamente, ¿cuántos días?

Flaco: Uno. (*pausa*) Dentro de un día me dan el alta.

Gordo: ¿Espera comer mejor en la calle?

Flaco: Si me coloco.

Gordo: Si me coloco... Si me coloco... (*pausa*) Es malo concebir esperanza. Viene el batacazo de la realidad, y uno se queda como un pollo mojado...

Flaco: (*pensativo*) O como una gallina.

Gordo: ¡Qué más da! Gallina o pollo mojado, uno se queda... agado. (*se ríe*).

Flaco: Pero no puedes quejarte: dinero, comida, masajes... Supongo que también mujeres...

Gordo: ¡Vino, comida y mujeres! ¿Le extrañará que no diga: Vino, música y mujeres... La música no es comestible (*pausa*) Seguro, seguro que usted se rompió la pierna tratando de atrapar uno de esos pollitos...

Flaco: No era un pollo, era una gallina.

Gordo: ¡Anjá! Con que le gustan las viejas... Bueno, sobre gustos no hay nada escrito. (*pausa*) Sin ir más lejos: mi amigo Pedro se acaba de casar con una vieja de sesenta años. Sesenta contra veinticinco. (*pausa*) El otro día la llevó al dentista. Hubo trompadas y todo.

Flaco: No entiendo.

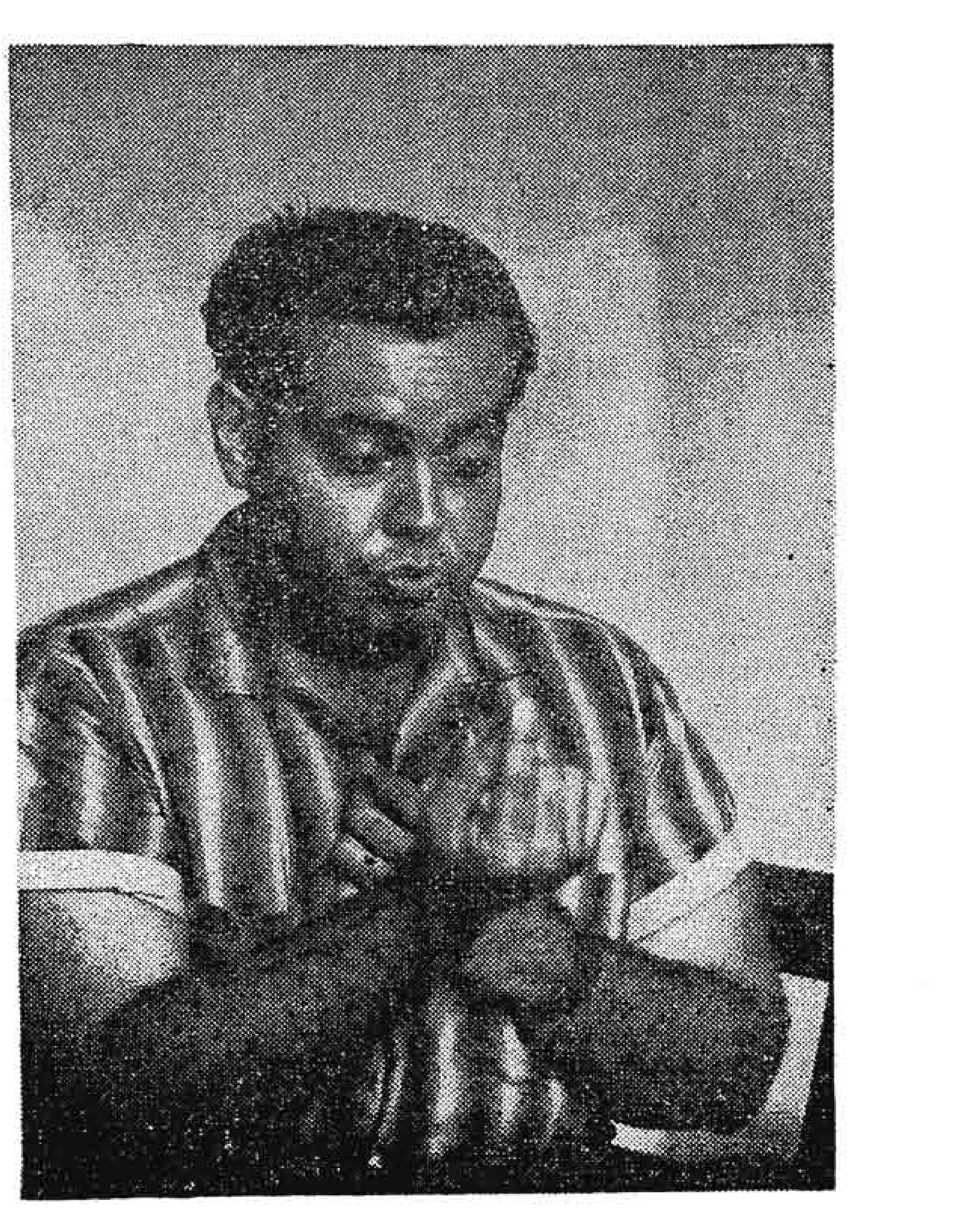
Gordo: El dentista le dijo a mi amigo que cuidara mucho a su mamá. ¡Imagínese! Decirle eso a un reciencasado.

Flaco: Cada uno que se las arregle como pueda. Yo tengo que pelarla muy duro. A mi nadie me da nada.

Gordo: (*acercándose al Flaco*) ¿A qué viene esa descarga? Le estoy contando lo del dentista y me sale con otra cosa.

Flaco: Yo sé lo que me digo... (*pausa*) ¿Qué me espera al salir de este hospital?

Gordo: Si no es más que eso, despreocúpese: lo que está para uno... (*pausa*) Bueno, la conversación es muy grata pero se acerca la hora del almuerzo. Tengo que meditar el menú. (*pausa*) ¿Quiere hacerme un favor?



Flaco: Hace diez días que dices lo mismo. Te hago el favor, me rompo la cabeza combinando platos, y al final es tu lista la que gana.

Gordo: Todo tiene su explicación. Si usted redacta varios menús, a la hora de sentarse a la mesa tendrá un apetito devorador...

Flaco: (*lo interrumpe*) Pero...

Gordo: Por favor, ¿puedo continuar? ¿Sí? Gracias. (*pausa*) Además, reservo sus listas para mejor ocasión. No crea, su gusto no es malo del todo. Eso sí, no le perdono lo del tocino en la carne con papas.

Flaco: (*se acerca al Gordo de manera que ponga su boca junto al oído de éste*) ¿Tiene mucha hambre hoy?

Gordo: Devoradora.

Flaco: (*haciendo gesto de desaliento*) Siempre la misma cosa. Nunca estás desganado. (*pausa*) ¿Vas a pedir doble ración?

Gordo: ¿Qué se figura? Soy una persona bien nacida. Nunca repito un plato. Si el Maestro escuchara estas cosas...

Flaco: ¿Quién es el Maestro?

Gordo: Un comilón como no hay dos. Pero un comilón de platos finos. Yo no, yo como cualquier cosa. La cuestión es llenarse. Claro, dentro de eso tengo mis limitaciones: no repito, no como pata y panza y tampoco rechazo lo bueno, si me lo ofrecen. Pero compararme con el Maestro...

Flaco: Ya tengo un menú.

Gordo: (*carraspeando*) Veamos.

Flaco: (*meditando antes de hablar*) Sopa de pescado...

Gordo: Hmmm.

Flaco: ¿No te gusta la sopa de pescado?

Gordo: No he dicho esta boca es mía.

Flaco: Bueno sopa de pescado. Carne ripiada, plátanos maduros, ensalada de aguacate, arroz blanco, casquitos de guayaba y queso crema.

Gordo: (*haciendo una mueca de asco*) Es un menú tan repugnante, que si el Maestro lo escucha, se muere del susto. (*pausa*) Así que sopa de pescado, y después carne ripiada... (*pausa*) El hambre vuelve loco a cualquiera.

Flaco: Pues yo me comería todo eso sin chistar.

Gordo: Le tengo dicho y redicho que cuando redacte un menú no se inspire en sus bajos apetitos. Sea como una máquina que adivine mis pensamientos. (*pausa*) A ver, ensaye de nuevo.

Flaco: (*meditando de nuevo*) Será mejor que no siga. No estoy de suerte hoy. (*pausa*) Además, no vale la pena. Nunca me aceptas un menú.

Gordo: ¡Vamos, hombre! No se desconsuele. (*pausa*) Le prometo que aceptaré uno de sus menús. ¡Fe y adelante!

Flaco: Carnes con papas...

Gordo: Es una idea fija. (*pausa*) Pero no voy a hacer cuestión. ¡Adelante! Carne con papas... ¿Qué más?

Flaco: (*histérico*) ¡Carne con papas, carne con papas, con papas! (*se echa a llorar.*)

Gordo: (*encogiéndose de hombros*) No entiendo nada. (*pausa*) De manera que un plato sabroso e inofensivo como es la carne con papas, provoca en usted un acceso de llanto Francamente, no entiendo nada de nada. (*pausa, le da palmaditas en el hombro*) ¡Vamos, ánimo! prosiga... Fe y adelante.

(El Flaco se ha dejado caer en una silla y oculta la cara entre las manos. En el momento que el Gordo se acerca al Flaco, haciendo con la boca el ruido característico de la desaprobación, entra un sirviente del hospital, llevando un lápiz en la oreja y un pedazo de papel en la mano.)

Sirviente: (*Saludando con respeto al Gordo*) Buenos días, señor ¿Qué comemos hoy?

Gordo: (*abriendo los brazos*) ¡Pues carne con papas! ¿Qué otra cosa podríamos comer? (*pausa, mira al Flaco, vuelve a hacer el sonido de desaprobación*) Suspenda la carne con papas... Convertiríamos un almuerzo placentero en un acto lacrimoso. Sería la primera vez que mezclaríamos la carne con las lágrimas.

Sirviente: (*confundido*) ¿Qué pasa?

Gordo: En realidad, no pasa nada, pero la gente se las arregla para que parezca que pasan muchas cosas.

Sirviente: Entonces, la carne con papas...

Gordo: (*terminante*) No va. (*vuelve a mirar al Flaco*) No se siente bien del todo.

Sirviente: Puedo traerle un poco de bicarbonato.

Gordo: (*con tono doctoral*) ¿Bicarbonato? ¿Para qué? Tiene un estómago de piedra. Si lo viera comer...

Flaco: (*saca la cabeza de entre los brazos y mira tristemente al Gordo.*)

Gordo: Mirada de carnero degollado... (*pausa*) A propósito, me gustaría una pierna de carnero para el almuerzo. (*El sirviente se dispone a anotar, pero el Gordo lo interrumpe*) La dejaré para la comida. (*se pone a pensar*) A ver, a ver... ¿Qué pediré? (*pausa larga*) ¡Ya está!: arroz con pollo, frituras de seso, ensalada de pepinos, y flan. (*Al Flaco*) ¿Alguna objeción?

Flaco: (*mueve negativamente la cabeza. Pausa. Al Sirviente*) A mi me da lo mismo.

Sirviente: (*soltando la carcajada*) Hoy tenemos yuca hervida...

Gordo: (*estallando*) ¡No puedo verla! (*al sirviente*). Por favor, suspenda la yuca. Tráigale boniatos.

Flaco: Pero...

Gordo: No hay pero que valga... Usted hace cuestión de todo. ¿Qué más da boniatos que yuca?

Flaco: Por eso mismo...

Gordo: Por eso mismo y por lo otro, el mundo está como está. (*al sirviente*) ya oyó: ¡boniatos! *(El sirviente inclina la cabeza, suelta una risita burlona, y se va.)*

Gordo: (*coge la mesa, la pone en el centro de la escena, después coge una silla y la coloca de modo que la persona que se siente en ella quede de frente al público. Pone la otra silla a su izquierda. Al Flaco*). *Supongo que me hará el honor de sentarse a mi mesa.*

Flaco: (*creyendo que el Gordo lo invita realmente a participar de su almuerzo*). ¿De verdad que me invitas? (*pausa*) Me gustan mucho las frituras de seso.

Gordo: No exactamente. Si le digo de sentarse a mi mesa es con el objeto de disfrutar del placer de su conversación durante el almuerzo. Usted comerá lo suyo y yo lo mío.

Flaco: Prefiero comer lo mío sentado en la cama.

Gordo: Si declina mi amable invitación, perderá la oportunidad de probar las frituras de seso.

Flaco: Te puedes meter tus frituras por donde mejor te quepan. (*pausa*) No estoy hoy para el paso. Y no me hables porque no voy a contestarte. (*Va hacia la cama y se sienta en el borde.*)

(De nuevo entra el sirviente. Se dirige a la mesa, pone el mantel, una servilleta, cubiertos, un salero, aceitera, vinagrera, una cerveza, un vaso,

palillos de diente. Al Gordo). No hay pepinos. ¿Quiere ensalada de aguacate?

Gordo: Aceptado. Mientras no sea yuca...
(El sirviente se va.)

Flaco: Aguacate maduro...

Gordo: Ya sabemos... Ya sabemos... Siempre con los chistes de mal gusto. (*pausa*) Todavía está a tiempo. No concibo que un hombre civilizado prefiera comer solo en un rincón. Mi amigo, comer es tan sólo un pretexto. El verdadero placer radica en la conversación, en el cambio de ideas.

Flaco: ¿Cuántas frituras me darás si me siento a la mesa?

Gordo: Eso se llama chantaje. Una cosa es que de propia voluntad le ofrezca amablemente una friturita, y otra cosa es que pretenda extorsionarme.

Flaco: ¿Pero nada más que una friturita?

Gordo: Probar no es atracarse. Con una friturita basta y sobra para darse cuenta que uno está deglutiendo un alimento que recibe el nombre de sesos.

Flaco: Claro, ancho para ti y estrecho para mi: yo pruebo una friturita y tú te metes una docena.

Gordo: Nunca trate de encontrarle la cuadratura al mundo. Es preciso no perder de vista la realidad: yo pago las frituritas, yo me... meto (*¡Dios mío, qué palabreja!*) las frituritas. Yo como, usted prueba. (*pausa*) En tiempos pasados los reyes tenían una persona encargada de probar los alimentos. Había el catador, el copero, el sumiller...

Flaco: Bueno, si no quieres darme las frituras, entonces dame la mitad del pollo.

Gordo: ¡Basta de bromas pesadas! Usted por su lado, yo por el mío. Eso sí, no venga después con humillaciones: "Deme la fritura, aunque sea un cuarto de fritura". Al menos, mantenga sus decisiones.
(Entra el sirviente llevando en una bandeja una cazuela de arroz con pollo, una fuente de frituras, la ensalada de aguacates, y el flan. Además, una cestita con panes. Lo va poniendo todo en la mesa.)
(Como obedeciendo a un impulso irresistible, el Flaco se acerca a la mesa).

Gordo: ¡Cuando yo digo! Conozco a mi gente. (*al Flaco*) Agradable conjunto, ¿no es cierto? (*al sirviente*) No demore el pedido del señor.

Sirviente: (*sonriendo*) Bueno, no hay sopa.

Gordo: ¡Magnífico! No hay sopa. (*al Flaco*) ¿Se enteró?

Sirviente: Y no hay boniatos.

Gordo: ¡Colosal! No hay boniatos. (*Al Flaco*) ¿Se enteró?

Flaco: Entonces, traiga la yuca.

Gordo: ¿Yuca...? ¿Ha dicho yuca?

Flaco: Yuca.

Sirviente: (*mirando al Gordo. Pausa*). ¿Qué hago?

Gordo: Sirvásela. Está en su derecho. (*Pausa*) ¡Vivir para ver!
(El Sirviente se retira. El Flaco vuelve a sentarse en la cama. El Gordo se sienta a la mesa, pero no empieza a comer. Hace ruido con los cubiertos. Pausa larga).

Gordo: (*dejando de hacer ruido*) (*Huele el arroz con pollo*) Como para levantar a un muerto... (*Al Flaco*) El olorcito, ¿llega hasta su cama?



(El Flaco se echa en la cama, con la cara contra la pared, y se tapa la cabeza con la almohada.)

Gordo: Todos los caminos llevan a Roma... y los olores se meten en las narices a pesar de las cabezas tapadas con almohadas. (*pausa*) ¡Vamos, pichoncito mío, luz de mi vida! Entre amantes que se quieren de veras estas nubes de verano ayudan al fortalecimiento de un amor imperecedero.
(Entra el Sirviente con la comida del Flaco. Al ver al Flaco en la cama se queda desconcertado. Mira al Gordo. El Gordo mueve la cabeza. El Sirviente, con la mano que le queda libre hace señas al Gordo preguntándole dónde poner la comida del Flaco. El Gordo le indica que la ponga en el suelo a los pies de la cama. El Sirviente lo hace. Empieza a retirarse caminando de puntillas.)

Gordo: No es necesario. Está más despierto que nosotros. Sólo que se hace el muerto para ver el entierro que le hacen... (*pausa*) Puede retirarse.
(El sirviente se retira).

Gordo: Bueno, almorzaremos solos. (*pausa*) Antes, y para que mi conciencia de caballero quede tranquila, dirijamos una última exhortación al Caballero de la Triste Figura... (*Se levanta y llega hasta la cama del Flaco.*) Una vez más le invito a acompañarme en el acto sacramental del almuerzo. (*Pausa. El Flaco no se mueve.*) Usted se lo pierde. Además, se comporta como un chiquillo malcriado. Su conducta es inexcusable. (*Vuelve a la mesa, se sienta, toma la servilleta, se la anuda al cuello, coge los cubiertos, se sirve arroz con pollo de la cazuela, llena el vaso de cerveza, se frota las manos, pero no empieza a comer. Pausa larga.*) (*Coloca la fuente de frituras un tanto hacia la izquierda, cambia de posición la cesta del pan, separa la botella del aceite de la del vinagre, en fin hace una serie de movimientos que explican su desasosiego*) ¡Listos para el abordaje! (*pausa, mira hacia la cama.*) Sin embargo, falta algo.

Flaco: (*se quita la almohada, se pone boca arriba*) Falto yo, pero no cuentes conmigo. Me voy a comer mi bazofia y en seguida dormiré una siesta.

Gordo: (*respirando fuerte.*) Sin duda, es una excelente idea. Nada como la siesta después de un almuerzo copioso. (*pausa.*) Por mi parte haré lo mismo. (*pausa*) ¿Sería tan amable de darme a probar de su harina? Parece prometedora de dichas eternas.

Flaco: (*desconfiado*) ¡Pero si usted odia la harina!

Gordo: En efecto, la odio, pero de vez en cuando se tienen veleidades. (*pausa*) ¡Qué diablos! Uno es mortal al fin y al cabo... Llámelo como quiera a este capricho mío. Y si se empeña, hasta puede calificarlo de capricho de embarazada.

Flaco: Bueno, si te has encaprichado con la harina, te la daré, pero yo también tengo mi capricho con las frituras de seso.

Gordo: Es justo. No se quedará sin probarlas. (*Corta un pedacito de fritura, lo pincha con el tenedor, se levanta y lo lleva a la cama.*) Acá la tiene. No dirá que no cumplo la palabra empeñada.

Flaco: (*se lleva la fritura a la boca, pero no la come*) Esto no es una fritura...

Gordo: Y puede saberse qué es ¿Una ballena?

Flaco: Es nada más que un pedacito.

Gordo: ¿Y qué quiere usted? Probar no es comer. Nunca se me ocurriría comerme su harina. (*pausa*) Pero, hombre, no problematice más y acabe por decirme si le gusta.

Flaco: (*resignado, como el pedacito de fritura*) Es tan chiquito que no le cojo el gusto.

Gordo: (*caminando de nuevo hacia la mesa, dice*) Le aconsejo hacerse ver por un médico... (*se sienta de nuevo a la mesa, pincha una fritura, se la mete en la boca y la deglute parsimoniosamente, hablando mientras va comiendo.*) En cambio, yo sí le cojo el gusto: sabe a sesos, y hasta juraría que tiene su pizca de pimienta. Aunque la receta no la prescribe.

Flaco: (*se sienta en la cama*) ¿Por qué me aconseja que vaya al médico?

Gordo: (*pinchando otra fritura, mantiene el tenedor en alto, mientras habla señala, con la mano izquierda, la fritura*) Porque, sencillamente, usted no tiene gusto, amigo mío. Su lengua no recoge los sabores...

Flaco: (*lo interrumpe*) Si me diera otro pedacito, podría...

Gordo: (*lo interrumpe*) ¿Para qué? Sería inútil. Cuando el sentido del gusto no está atrofiado por pequeño que sea el alimento que usted ha introducido en su boca, inmediatamente es captado y degustado. (*pausa*) Bueno, no haga una montaña de su atrofia gustativa; peor sería haberse quedado ciego. (*pausa*) Claro, que nadie entiende nada. Se lo digo, porque el ciego cambiaría su ceguera por la atrofia del gusto, y el sordo querría ser mudo.

Flaco: Yo le cojo el gusto a todo.

Gordo: Pero, señor mío, usted le coge el gusto a todo sólo después de una ingestión copiosa. (*pausa*) Sepa usted que una comida es descifrable como un jeroglífico o como una notación musical. Por el olor, por la presentación , por el color, por...

Flaco: (*llegando hasta la mesa*) Déme una fritura.

Gordo: ¡De mil amores! (*le indica la silla*) Pero, tome asiento. Si bien es cierto que el acto de comer una fritura no constituye una comida en sí, es, con todo, una invitación al banquete. (*pausa*) Bien, le daré esa fritura, pero con una condición.

Flaco: Ya empezamos con las condiciones.

Gordo: En esta vida todo es condicional. (*pausa*) Si usted dice correctamente la receta para la confección de frituras de seso, le daré... ¡una fritura de seso!

Flaco: (*se sienta, carraspea, se agita en la silla.*) Bueno... (*pausa*) Bueno...

Gordo: (*pinchando otra fritura y masticándola*) Le advierto que en dicha receta no aparece para nada la palabra bueno. (*pausa*) Adelante.

Flaco: (*revolviéndose más y más en la silla*) Las frituras de seso... llevan...

Gordo: Eso es, comience por los ingredientes. Después explicará el método.

Flaco: (*siempre revolviéndose en la silla*) Bueno...

Gordo: (*estallando*) ¡Por favor! No vuelva a decir esa palabra. "Bueno" no es ninguna clase de alimento. (*pausa*) Prosiga.

Flaco: (*cierra la boca fuertemente*) (*Respiración de fuelle, hace ruido característico con la garganta.*)

Gordo: Con esos gruñidos no pondrá las cosas en claro. (*Coge otra fritura, la va comiendo*) La receta en cuestión se compone de esto y de lo otro. Dígalo entonces.

Flaco: (*con gran perplejidad*) Lleva seso...

Gordo: (*llevando los ojos a lo alto*) ¡Lo que hay que soportar en esta vida! (*pausa*) Sesos... ¿Qué más?

Flaco: Sal... (*pausa larga*) *Sal...* (*Pausa larga*). Ají y cebolla...

Gordo: Asi que ají y cebolla... ¿Y por qué no también chocolate y panetela?

Flaco: Yo creía...

Gordo: Las falsas creencias llevan al desastre. Veo que su fritura, adoptando la forma de un cohete balístico, se aleja de la Tierra a velocidades supersónicas.

Flaco: Déme otro chance

Gordo: Concedido. Olvidados el ají y la cebolla. (*pausa*) Prosiga.

Flaco: Manteca...

Gordo: ¿En qué proporción?

Flaco: Un cucharón.

Gordo: Un cucharón no explica nada. Diga si media libra, si una.

Flaco: Una libra.

Gordo: (*riendo a carcajadas*) ¡Una libra! Pues comeríamos frituras de manteca. (*hace un gesto de asco*) ¡Por favor! Mepor será que no prosigamos. Me caerá mal el almuerzo.

Flaco: (*implorante*) Viejo, no te pongas así... Es que me falla la memoria. (*pausa*) Te juro que conozco esa receta. He sido cocinero en el Vedado. La señora lloró cuando me fuí de su casa.

Gordo: (*siguiendo la mentira, al mismo tiempo que pincha otra fritura*) Perder un buen cocinero es como perder un ser querido. Comprendo el desasosiego, el dolor, y hasta diría, la angustia de esa señora del Vedado. No se encuentra así como así un buen cocinero al doblar de la esquina... (*pausa*) Y por descontado, ya me imagino las exquisitas frituras de seso que harías en esa casa. (*pausa*) Bah... digo lo de las frituras porque están sobre el tapete, pero no dudo que platos mejores que ése, platos más elaborados ya cocinaría usted. Por ejemplo, Supreme de Poulet a la Villeroi o Crepes Suzettes... (*pausa*) *A propósito*, ¿quiere darme la receta de ese pollo a la Villeroi?

Flaco: (*nervioso en extremo, vuelca el salero*) ¿Cómo dice?

Gordo: (*se santigua*) ¿Qué hace? Volcar sal en la mesa, trae mala suerte. Hasta puede provocar retortijones de estómago. (*coge un puñadito de sal y lo echa por encima de su hombro izquierdo.*) He dicho "Pollo a la Villeroi."

Flaco: (*como si no oyera*) Las frituras de seso llevan también...

Gordo: (*pinchando la última fritura, al mismo tiempo que hace un gesto de soberano aburrimiento*) ¡Basta! Demos esa receta al olvido. Todo esto resulta bien aburrido. (*pausa*) Por otra parte, acabo de comerme la última fritura. No tendría sentido proseguir h a b l a ndo de sesos. Felizmente ya están en mi barriga (*se toca la barriga*) Aquí, sesos de un cerebro en mi barriga. (*pausa*) ¿Y qué hace que no come su harina?

(*El Flaco, sin contestar a la pregunta del Gordo, se pone automáticamente a comer la harina. Lo hace con profundo desgano*).

Gordo: por su manera de llevar la cuchara a la boca, cualquiera juraría que está usted tragando un alimento en mal estado. (*pausa*) Sin embargo, la harina es un alimento noble. A su llegada a Méjico, Cortés...

Flaco: (*furioso, lo interrumpe*) No digas tanta basura. (*pausa*) Si es tan rica como dices, ¿por qué no das tu arroz con pollo? Come, bobo, cómete mi harina. ¡Bandido!

Gordo: (*limpiándose la boca con gran afectación*) Bueno, me lo temía. Ya llegamos al insulto personal. (*pausa*) Tonto de mí, esto me ocurre por mis buenos sentimientos. (*pausa*) Cría cuervos... ¡Y yo que tenía decidido ofrecerte la molleja! (*pausa*) Darme ese calificativo, a mí, que nunca he asaltado el bolsillo ajeno, que doy limosna a diestra y siniestra. (*pausa*) Me siento tan conmovido que no sé si podré "entrarle" al pollo. ¡Dios mío, qué palabreja se me ha escapado. Pero en estos tiempos que corren...

Flaco: Repugnancia con el dulce A otro perro con ese hueso. (*pausa*) (*toca la cazuela*) Se está enfriando. Acaba de comerte tu arroz con pollo, pero no te olvides de darme la molleja. Y si gustas, puedes añadir el encuentro, y también los menudos...

Gordo: (*tomando la cazuela por debajo con ambas manos y haciendo como que la ofrece al Flaco*) Eso es: el encuentro, los menudos, los dos muslos, la pechuga y las alas. Y por supuesto el arroz, los petit-pois y los pimientos.

Flaco: No pido tanto.

Gordo: (*chasqueando los dedos*) ¡Tengo una idea!

Flaco: Usted verá... Tus ideas paran siempre en que yo tengo que apretarme la barriga.

Gordo: A lo mejor, no; a lo mejor se come el pollo. (*pausa*) Siga con la harina. Entretanto, voy a madurar mi plan.

El Gordo hace que medita, el Flaco hace que come la harina. (*pausa*) El Gordo toma un poco de cerveza. El Flaco, creyendo que el Gordo no lo verá, intenta meter la mano en la cazuela, pero el Gordo lo ve y le da un manotazo.

Gordo: (*mete la mano en el bolsillo superior del saco de pijama y saca un papel, le echa un vistazo, vuelve a meter la billetera en el bolsillo, toma otro trago de cerveza, se limpia la boca con la servilleta. Todos estos movimientos serán ejecutados con gran parsimonia*). No sé si usted está enterado que en las grandes comidas es costumbre que una pequeña orquesta ejecute una música de circunstancia, en tono sordina, como fondo para distracción de los comensales.

Flaco: Yo no soy músico. Ni las mismas claves sé tocar.

Gordo: Si lo dejaran hablar a uno. Esa mala costumbre que tiene la gente de interrumpir el discurso... (*pausa*) ¿Puedo continuar? Bien. Decía... supongo que habrá entendido. ¿Estamos? Pues mi idea es la siguiente: como la única música que pueden tolerar mis oídos es la música comestible, se me ha ocurrido que a medida que yo vaya comiendo el arroz con pollo usted deleite mis oídos con la lectura de la receta para la confección de dicho plato. Tenga, aquí la tiene. (*le entrega el papel al Flaco.*)

Flaco: (*pasando la vista por el papel*) Es más larga que una novela. Es mucha lectura para una sola molleja. Dame un poco de arroz.

Gordo: Veremos. Todo dependerá de la ejecución. Le advierto desde ahora que tengo un oído educadísimo para la música comestible. (*pausa*) ¿Quiere empezar, por favor?

Flaco: Antes pon la molleja aparte.

Gordo: Concedido. (*pone la molleja en el plato antes ocupado por las frituras*).

Flaco: ¿Y el arroz?

Gordo: El arroz es condicional. Ejecución brillante: arroz. Ejecución discreta: molleja. Ejecución mediocre: nada. Adelante.

Flaco: (*respirando hondo*) "Arroz con pollo para seis raciones".

Gordo: (*con la boca llena*) Hermoso título. Es todo un poema. Prosiga.

Flaco: (*leyendo*) "A. Pollo: El pollo puede comprarse vivo, tamaño de dos libras y cuarto o preferi.. (*al Gordo*) No sé qué dice aquí.

Gordo: (*toma el papel*) Preferiblemente (*se lo devuelve*).

Flaco: o preferi.. blemente en presas y limpio. En este caso se debe comprar una libra y media de presas de un tamaño adecuado para que se incluyan seis presas en este peso."

Gordo: (*atacando un muslo*). Cada cual que haga como mejor le parezca, pero yo tengo por norma comprar el pollo ya matado y en presas. Es algo bien desagradable retorcer el pescuezo a un pollo. Prosiga.

Flaco: "B. Adobo: dos granos de pimienta, una cucharadita de orégano seco, un diente mediano de ajo, tres cucharaditas..

Gordo: (*lo interrumpe*) Para su buen gobierno le diré que está leyendo el epígrafe "Adobo", que es sublime, con una entonación de lo más falsa. Fíjese que este epígrafe viene a ser como el color en la orquesta. Se requiere mayor animación. Empiece de nuevo con el adobo.

Flaco: (*suspirando, reinicia la lectura*) "Dos granos de pimienta..

Gordo: ¡Alto, alto, casi cantando!

Flaco: (*cantando del todo*) Dos granos de pimienta..

Gordo: Mejor será que lea. Mis tripas rechinarían si usted siguiera cantando.

Flaco: Dos granos de pimienta, una cucharadita de orégano seco, un diente mediano de ajo, tres cucharaditas de sal, dos cucharaditas de aceite de oliva, una cucharadita de vinagre."

Gordo: Hijo mío, no ha tenido suerte con el adobo. Veamos cómo se las arregla con el sofrito. Lo escucho. (*empieza a devorar la pechuga*).

Flaco: "C. Sofrito: tres cucharadas de manteca, una onza de tocino, dos onzas de jamón de cocinar, una cebolla mediana.

Gordo: (*lo interrumpe*). Me parece que a este arroz con pollo no le han puesto jamón de cocinar. ¡Qué le vamos a hacer! Si el ojo del amo no engorda el caballo.. (*pausa*). Sigo escuchando su interesante relato.

Flaco: (*leyendo*). Un pimiento verde, fresco, un tomate, un ají dulce, una hoja de culantro, dos ramitas de culantrillo.

Gordo: (*llevando las manos a la cabeza*). ¡Culantro y culantrillo! Adónde iremos a parar.. Cada vez que copio esa receta, me olvido de borrar del mapa al culantro y al culantrillo.

Flaco: (*con timidez*) ¿Culantro es la misma cosa que cilantro?

Gordo: ¡Pues claro que es la misma cosa! Sólo que las mujeres, los niños y los ancianos dicen cilantro, y los hombres: culantro.

Flaco: ¿Y por qué?

Gordo: Si quieres ser felice no analices.. (*pausa*). *Déjelo ahí.* Continúe.

Flaco: (*leyendo*). Seis aceitunas, una cucharadita de alcaparras, tres cucharadas de salsa de tomate.

Gordo: (*terminando de tragar un bocado*). Lectura detestable. Veo su molleja en el pico del aura.. (*pausa*). Oigamos el tercer movimiento de la Sinfonía en Pollo Mayor.

Flaco: Si tan mal lo hago, ¿para qué seguir? Casi me estoy desmayando.

Gordo: Hagamos un entreacto. Para reponer fuerzas, coma un poco de la harina. Los indios mejicanos..

Flaco: (*lo interrumpe*). Prefiero acabar de un tirón. No veo las santas horas de entrarle a la molleja y al arroz.

Gordo: (*siempre comiendo*). Como guste. Recuerde que el arroz es condicional. Además, no se haga muchas ilusiones. (*pausa*). ¿Quiere que le cuente la fábula de la lechera? Una lechera fue con su cántaro al mercado..

Flaco: (*poniendo su mano en la boca del Gordo*). No, no me la cuentes. Prefiero seguir leyendo.

Gordo: Como guste, pero le advierto que es una fábula maravillosa, con moraleja y todo. (*pausa*). ¡Qué le vamos a hacer..! Prosiga con el tercer movimiento.

Flaco: (*leyendo*). D. Método. Una lata de petit-pois.

Gordo: Lea bien su pentagrama. Eso no es método, eso es ingredientes.

Flaco: Me salté de línea. Cualquiera con la debilidad que yo tengo..

Gordo: (*moviendo la cabeza*) No salgo de mi asombro. Así que se siente débil.. (*pausa*). Pero, hijo mío, todo el mundo se alimenta. Y hay horas para ello. Por ejemplo, como ésta del almuerzo. Mire, a esta hora yo almuerzo porque está sobrentendido que habiendo tomado mi desayuno a las ocho de la mañana, ya a las doce me sienta débil. Pero usted no, usted se debilita. ¿Por qué? No logro explicármelo. A lo mejor quiere pasar por original. Allá usted. (*pausa*). ¿Sería tan amable de proseguir la lectura?

Flaco: (*leyendo*). Método: Ponga un caldero grande al fuego. Agréguele las tres cucharadas de manteca. Tan pronto la manteca esté derretida agréguele el tocino y jamón incluídos en C. Dórelos a fuego alto alrededor de cuatro minutos. Agregue las presas de pollo y dórelas por ambos lados.

Gordo: ¡Hmmm! ¡Qué rico huele todo eso! ¡Siga, siga! Ese arroz con

pollo va a quedar de rechupete.

Flaco: (*leyendo*). Baje el fuego a moderado y agregue lo siguiente: La cebolla lavada y partida en pequeños pedazos. El pimiento verde lavado, sin semillas, y partido en cuatro. El ají dulce, lavado, sin semillas y partido en dos. El tomate, lavado y partido en cuatro. La hoja de culantro y las ramitas de culantrillo lavadas y partidas en cuatro. Las seis aceitunas. La cucharadita de alcaparras.

Gordo: (*saltando en la silla*). ¡Bravo, bravo! Es tan excitante como una película pornográfica. (*coge un poco de arroz con el tenedor, al Flaco*). Abra la boca..

(*El Flaco abre la boca*).

Gordo: (*metiendo el tenedor con arroz en la boca del Flaco*). Se lo ha ganado. Eso es lo que se dice un pasaje bien interpretado. Ahora prosiga.

(*El Flaco sigue con la boca abierta*).

Gordo: (*le cierra la boca al Flaco*). Lea bien, y ya veremos si le doy otro bocado.

Flaco: (*leyendo*). Mientras la cebolla se amortigua, muévase todo durante diez minutos. Entretanto abra la lata de petit-pois, escúrrala y mida el líquido escurrido. Complete con agua hasta medir cuatro tazas. Ponga a calentar dicho líquido. (*El Flaco abre la boca*).

Gordo: No se haga el gracioso. Amén de que ha leído detestablemente ese pasaje, no estoy aquí para darle su sopita.. Mi paciencia tiene un límite. Está visto que ciertos extremos no pueden tenerse con toda clase de gente. (*pausa*). Cierre esa boca y prosiga la lectura.

Flaco: (*suspira hondo, prosigue leyendo*). Coloque las dos tazas y cuarto de arroz sobre un colador grande y rápidamente lávelo. Escúrralo bien y póngalo en el caldero. Ponga el fuego alto, deje el caldero sin tapar, no lo revuelva y deje que el arroz se seque, lo cual tardará alrededor de quince minutos.

Gordo: Mi tía Mariana tapaba el caldero, y mi abuelita le ponía encima dos o tres brasas.

Flaco: Aquí no dice eso.

Gordo: Usted es desesperante, sencillamente desesperante. Cómo rayos pretende que mi tía Mariana y mi abuelita aparezcan en una receta de cocina. Mi abuelita murió hace sus buenos treinta años, y tía Mariana se fue de este valle de lágrimas ya va para diez años.

Flaco: (*confundido*). Yo creía..

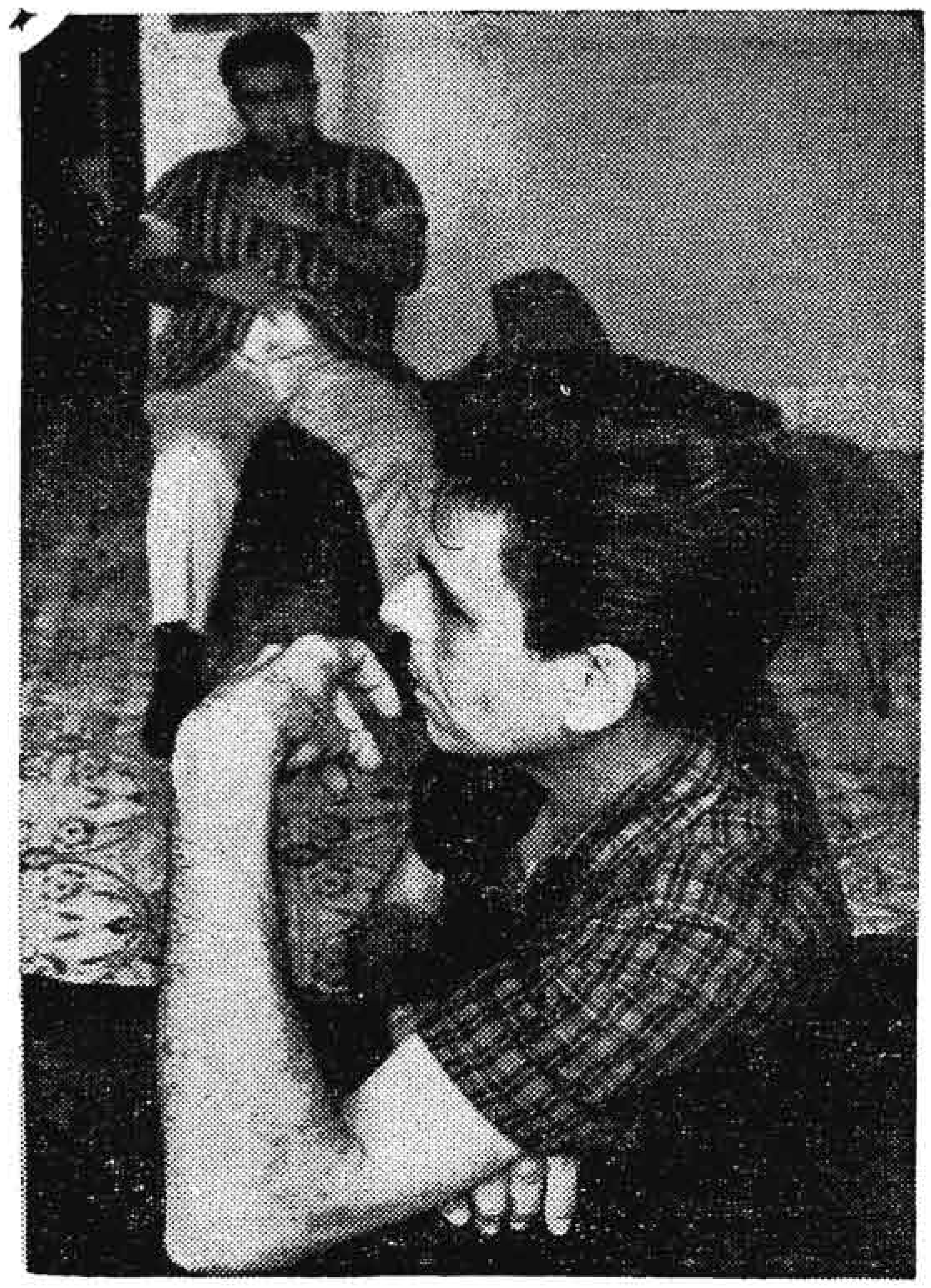
Gordo: ¡Yo creía, yo creía! Siempre con las falsas creencias. Por eso el mundo está como está. Una cosa es con violín y otra con guitarra... (*pausa*) ¿Cuándo murió su abuela?

Flaco: Mi abuela está viva.

Gordo: (*alzando los brazos sobre la cabeza*) ¡El colmo de los colmos! De modo que su abuela está viva. Es lo que me faltaba, que su abuela estuviera viva...

Flaco: (*asombrado*). Pero, ¿por qué?

Gordo: ¿Por qué, por qué? ¿Pues quién ha visto que las abuelas tengan que estar vivas? Ya ve usted: el breve intermedio que íbamos a tener hablando de nuestras respectivas abuelas... —muertas, por supuesto—, se malogra porque a su abuelita se le ha metido entre ceja y ceja permanecer en el mundo de los vivos. (*pausa*) Con esos truenos, no se me va a ocurrir preguntarle por la tía. Me esperaría una sorpresa bien desagradable. (*pausa*). Será mejor que prosigamos la lectura. (*Se pasa la mano por la frente, la lleva al corazón*). ¡Estos disgustos me afectan tanto! Ya tengo palpitaciones. (*pausa*). Terminemos de una vez por todas.



Flaco: Si te sientes mal..

Gordo: (*atajándolo*). No es para tanto. Además, tengo un alto sentido del deber. Si las cosas se empiezan, las cosas deben terminarse. (*pausa*). Acabemos de una vez por todas.

Flaco: (*mirándolo atentamente*) Estás tan gordo. Dicen que cuando hay mucha grasa, el corazón...

Gordo: (*lo interrumpe*). Cuide su corazón, que yo cuidaré el mío. Por otra parte, si usted sigue con el jueguito de volar turnos, ese corazoncito que tiene en el pecho le jugará una mala pasada. (*pausa*). Lea.

Flaco: (*leyendo*). Tan pronto el arroz seque, ponga el fuego bajo, cambie de posición el arroz haciendo que el que estaba abajo quede arriba y viceversa. Esto se hace introduciendo una cuchara de cocinar por los lados del caldero y volteando el arroz. (*mira la cazuela*). Ya casi no queda arroz en la cazuela.

Gordo: (*se sirve dos o tres cucharadas que quedan en la cazuela*). Nadie se lo ha preguntado. Mire su receta que yo miraré mi cazuela. (*pausa*) ¿Le falta mucho a su pollo?

Flaco: Falta poco.

Gordo: ¡Ay! Todo termina en esta vida. (*pausa*). Su receta, mi arroz, estos bellos días hospitalarios..

Flaco: ¡Su abuela! Aquí me matan de hambre.

Gordo: Porque usted se empeña (*pausa*). Además, es asunto de usted. Pero aparte de su caso —y una golondrina no hace verano—, siempre tendré presente en mi memoria los días pasados en este hospital. Comer, dormir, conversar.. Es como un viaje en un transatlántico de lujo. (*pausa*). Y ahora terminemos de una vez por todas con la lectura de esa receta.

Flaco: (*leyendo*). Tape el caldero y cueza de veinte a veinticinco minutos. Destape el caldero, agregue los petit-pois escurridos y mézclelos con el arroz

Gordo: ...Y mézclelos con el arroz. Es eso lo que llamo estupideces de las recetas. Se cae de su peso que los petit-pois se mezclen con el arroz. (*pausa*). Termine, por favor.

Flaco: (*leyendo*). Sirva el arroz inmediatamente en una fuente rodeado de las presas de pollo y adórnelo con pimientos morrones calientes y bien escurridos.

(*A medida que el Flaco da lectura al párrafo final, el Gordo se mete en la boca la última cucharada de arroz y acto seguido pincha la molleja y también se la come*).

Flaco: ¿Pero qué haces..? ¿Y mi molleja?

Gordo: (*casi sin poder articular por la cantidad de comida que tiene en la boca*). La.. mo.. La mo.. (*risas*). La molle.. (*nuevas risas*). Ja.. Ja.. (*lanza granos de arroz de la boca*). La molleja.. ¡Ja, ja, ja, ja!

Flaco: (*perdiendo los estribos se levanta e increpa al Gordo*) ¡Hijo de yegua! Te voy a sacar la molleja de la barriga. Ojalá te dé un cólico.

Gordo: (*muy serio*). Volvemos al insulto personal. (*pausa*) Escuche, caballerito: no es mi culpa si usted no sabe leer, como Dios manda, una receta de cocina. ¿Quiere que le diga la verdad? Parecía estar leyendo una receta de cocina china. No entendí nada de nada. Y ahora viene reclamando derechos, que si la molleja, que si el cólico. Para colmo, el insulto personal. (*pausa*). Hemos terminado. La culpa es mía por tratar a desconocidos. (*pausa*). Sepa que jamás volverá a sentarse a mi mesa. (*empieza a caminar hacia la cama*). Ahora, a dormir el sueño del justo. Que no me despierten hasta las seis. (*se echa en la cama boca arriba y cierra los ojos.*)

Flaco: Esto me pasa por comemierda. (*Camina hacia la cama del Gordo y se pone a mirarlo atentamente, después va hacia su cama, se acuesta, con las manos detrás de la cabeza, suspira*). Parece un puerco cebado..

TELON

(*Una vez que el telón se ha bajado, se escuchará, cantada, la siguiente cuarteta:*

Aunque el mundo sea redondo
Y Juan no se llame Paco,
Es indudable que al Gordo
Siempre se lo come el Flaco.

(*tres veces*)

Inmediatamente se levanta el telón).

ESCENA II

(*Aparece el Flaco (ahora convertido en Gordo), sentado a la mesa chupando golosamente una tibia humana. Desparramados por el suelo, delante de la mesa, se ven los huesos de un esqueleto. El Flaco tiene bajo su pie derecho la calavera de dicho esqueleto. Sobre la mesa se verán los pedazos de yeso y vendajes del brazo del Gordo*).

Flaco: (*con afectación, tirando al suelo la tibia*). ¡Qué banquetazo! (*se pasa la mano por la barriga*). ¡Oh, perdonen la expresión, pero con los tiempos que corren.. (*pausa*) Me expresaré cultamente: un banquete a lo Enrique Octavo.. (*pausa*). ¿Quieren saber cómo lo hice? Pues el Gordo se durmió con un sueño de piedra. Imagínense: el arroz con pollo, las frituras, la molleja... Le hice un agujerito con el cuchillo y se fue desangran-



Ahí tiene al Gordo. Trate de darle conversación. (*Sale*).

Nuevo Flaco: (*acercándose al Flaco, que está con la cabeza entre las manos*). Señor..

Flaco: (*levantando la vista hacia el Nuevo Flaco*) ¿Quién es usted?

Nuevo Flaco: Me mandaron para acá. Mire, tengo la pierna enyesada. (*se la muestra*).

Flaco: (*se levanta impetuosamente*). ¡Pero no es posible! Es un malentendido; usted se ha equivocado de cuarto. (*señala la cama del Gordo*). Esa cama está ocupada por un enfermo, por un gordo. El ha salido un momento, pero regresará, yo se lo aseguro, regresará. (*Va hacia la puerta, vuelve sus pasos, mira atentamente al Nuevo Flaco, vuelve hacia la puerta, gritando*). ¡Díganle que aquí no es! Díganle que se equivocó! No lo quiero conmigo, no lo quiero, no lo quiero! ¡Socorro, socorro! (*Cae sobre sus rodillas*). ¡Socorro, socorro! (*Rompe en sollozos*).

Nuevo Flaco: (*haciendo el gesto característico de la incomprensión*). No entiendo nada.

do. Entonces lo corté en pedazos y me lo fui comiendo poco a poco. (*pausa*). Me supo a faisán. (*pausa, se mete la mano en el bolsillo del pijama, saca la billetera, se pone a contar el dinero*) Cuatro de veinte, cinco de diez, cuatro de cinco, un peso. Total: ciento cincuenta y un pesos. (*pausa*) Buenos, esta tarde me darán el alta. (*Como hablando con el Gordo.*) Gordo, si pudieras verme... ¿Dónde estarás en estos momentos? (*pauso*) Pero, ¿dónde vas a estar si no en mi barriga? Aquí (*se toca de nuevo la barriga*). Bien cuidadito... Dentro de mi barriguita no podrás romperte el bracito... (*Rompe a reír estrepitosamente*).

(*Entra el Sirviente, con la servilleta al brazo, un block para anotar, y el lápiz en la oreja*).

Sirviente: (*inclinándose*). Señor, las doce pasadas. ¿Qué almorzamos hoy? (*pausa, lo mira asombrado*). Pero.. ¿Usted es el Gordo? No, usted no es el Gordo. (*pausa*) Sin embargo, es su mismo pijama, Juraría que usted es el Gordo, pero... (*pausa.*) Señor, ¿usted es el Gordo?

Flaco: (*mirándose el pijama*) Bueno, yo soy ahora el Gordo.

Sirviente: ¿Pero el mismo Gordo?

Gordo: Qué más dá.. (*pausa*). Como su asunto es la propina, voy a tranquilizarlo. (*Saca la billetera, toma un peso y se lo da al Sirviente*). Para usted. (*pausa*). En cuanto al almuerzo, le diré que no tengo apetito. (*pausa*). Además, me marcho esta tarde.

Sirviente: (*pensativo*) Gracias, señor. (*pausa*). Ya veo que no es usted el Gordo. Pero si usted no es el Gordo, ¿dónde se metió el Gordo?

Flaco: ¡Siempre los eternos malentendidos! ¡Y qué sé yo! ¿Soy acaso el detective de este hospital? Soy nada mas que un enfermo que sufre la fractura de su pierna derecha (*se levanta la pata del pantalón y enseña al sirviente la pierna enyesada*).

Sirviente: (*asombrado*). Pero, entonces.. Usted es el Flaco. ¿Y cómo engordó de la noche a la mañana?

Flaco: ¡Vaya usted a saber! Ayer uno estaba flaco, hoy está gordo. Misterios, amigo mío, misterios.. Unos engordan con azúcar prieta, a otros les basta el aire que respiran..

Sirviente: Pero tan pronto.. (*pausa*) Además, ese es el pijama del Gordo. ¡Caramba! Le viene que ni pintado.

Flaco: En efecto, es el pijama del Gordo. ¿Y qué tiene? Cuando desperté hoy por la mañana, vi su cama vacía, y encima de la cama estaba el pijama. Me entraron unas ganas locas de ponérmelo. Pues me lo puse.

Sirviente: Y la cartera, ¿también la dejó sobre la cama?

Flaco: También la cartera. Si acaso volviera le devolveré la cartera y el pijama. Aunque con estos Gordos nunca se sabe del todo.. Les da por evaporarse.

Sirviente: ¿Usted hará lo mismo, no?

Flaco: Pero diré "hasta luego". Odio las despedidas a la inglesa. Esta tarde a las cinco repartiré abrazos y sonrisas.

(*En ese mismo momento entra el médico*).

Médico: (*llegando donde el Flaco*). Veamos ese brazo.

Flaco: (*mostrando el brazo*) Acá lo tiene.

Médico: Ese no, el fracturado.

Flaco: (*mostrando el otro brazo*) Acá lo tiene.

Médico: ¿Pero usted no tenía un brazo fracturado?

Flaco: No, la pierna.

Médico: ¡Cierto! La pierna. Perdone, tengo tan mala memoria. (*pausa, examina la pierna, le da golpecitos al yeso*). Quince días más.

Flaco: Pero...

Médico: (*terminante*). No hay pero que valga. He dicho quince días más. (*pausa*). Hasta luego. (*sale*).

Flaco: (*llevando las manos a la cabeza*). Este médico es un veterinario. Me trata como si fuera un caballo. (*pausa*). Se figura que mi vida es estar aquí en el pesebre, comiendo y durmiendo. (*pausa*). ¡Soy un hombre de negocios! La Bolsa, las acciones, los dividendos! (*oculta la cara entre las manos*).

Sirviente: Vamos, señor, no es para tanto. Acá en el hospital se la pasa bien. Además, usted tiene el dinero del Gordo. Y si como dice, el Gordo se ha evaporado, entonces, qué le importan quince días más aquí, bien alimentado, y mejor atendido. Por que yo, señor.. estoy a sus órdenes.

Flaco: ¡Vete al diablo! (*hablando para sí con la cara ladeada*). Terminarán por descubrir el pastel. Y no de pollo precisamente..

Sirviente: Señor, no se angustie. La Bolsa sube y baja como los gordos y los flacos.

Flaco: ¿Te quieres callar? (*pausa*). Tengo que buscar una salida... El pastel, el pastel...

Sirviente: (*solícito*) ¿De qué lo quiere señor? ¿De carne, de guayaba?

Flaco: (*dando un puñetazo sobre la mesa*). ¡Podrido, podrido!

Sirviente: ¡Cálmese, señor! No se amargue la vida. Es tan corta.. (*pausa*). Anímese, ahora mismo le traigo unos pastelitos de carne..

(*El sirviente corre hacia la puerta, y al salir tropieza con un tipo, excesivamente flaco, que viste el pijama del hospital. Camina cojeando, pues tiene la pierna derecha enyesada.*)

Nuevo Flaco: (*tímido*). Me dijeron que es aquí.

Sirviente: ¿Lo mandaron para este cuarto?

Nuevo Flaco: Me mandaron.

Sirviente: Pues instálese. (*pausa*).

—Está temblando —habló otro de cara huesuda.

—¿Tendrá algo entonces? —volvió el que parecía el Jefe a su postura cínica—. ¡Entren, muchachos!... Y cuidado con lo que hacen por si se pierde algo después!...

Iban juntos. Entraron primero en la sala. Después fueron al cuarto.

—Abranlo todo —ordenó el Jefe.

—Y fíjense bien por si falta algo después —agregó el de cara mofletuda.

Abrieron las puertas del escaparate.

—Aquí no hay nada Jefe.

—Vamos entonces a la cocina y el baño.

Se dirigieron los cinco a la cocina. Después se repartieron el trabajo, unos se quedaron en la cocina y, los otros, se fueron al baño. María se quedó en la cocina al tiempo que miraba para el baño. No dejaron nada sin registrar.

—Hoy aquí no se come, no hay na en los carderos —dijo el de cara mofletuda y miró para el Jefe esperando su risa.

—Es que tenemos al barrio alarmao —le contestó el de cara huesuda mientras se arreglaba la pistola subiéndose la camisa en gesto arrogante.

—¡O estaba escondiendo algo! —agregó el Jefe volviendo siempre a su estudiada postura cínica.

—Aquí no hay na, Jefe —dijo uno de los otros—. ¿Terminamos ya?

—¡Qué va' Todavía nos queda el patio, detrá e la casa...

¿Aquí tie ı cisterna? —dijo a boca de jarro Jefe.

—Sí —Ma fué sorprendida con la pregunta, lɛ ɔiernas ya no la sostenían.

—¿Dónde?

—Allí.

—Muchachos, ustedes vayan al patio, yo voy a echarle el ojo a la cisterna.

—Pero está tapada —dijo María esperando que eso lo hiciera desistir.

¿Y ustedes no la abren? —el cinismo apareció de nuevo como una máscara.

—Por aquí... por esta argolla.

—Voy a ver si puedo. Así... Ya está, ¡No ves qué fácil es!

—Mi marido dice que pesa poco. Cualquiera puede abrirla. El siempre la abre —dijo María por decir algo.

—¡Qué agua más limpia! ¡Se ve hasta el fondo! ¿Qué capacidad tiene?

—Crec que un metro cúbico —sacaba fuerzas no sé de donde para sostenerse en pie.

—Y aquello, ¿qué es?

—¡Qué! —un minuto más y caería al suelo—. Una jicotea —fué lo primero que le vino a la boca.

¿Una jicotea? ¡Sin salir a coger aire!

—Todo el mundo se asombra —intentó reir, pero no pudo.

—Todos los días aprende uno algo nuevo. Voy a meter la mano para azorarla.

Cuando fué a agacharse, llegaron los demás.

—No hay na, Jefe.

—Bien.

—¿Nos vamos?

Se quedó pensativo. Y dijo de pronto:

—Raro, muy raro, Voy a preguntar lo de la jicotea... ¡Vamos muchacho!

Como si estuvieran en sus casas, salieron rumbo a la calle. María, mientras tanto, iba recuperando su tranquilidad. Oyó después las sirenas de las perseguidoras que se iban.

Cuando llegó su marido, le dijo llena de entusiasmo.

—Estuvo la policía.

—¡Aquí solo!

—Registraron todo el barrio.

—Y... —movió la cabeza hacia allá.

—No la encontraron.

—¡No te dije! Y hoy vienen a buscarlas. Oyeme, ¡estarías muriéndote de miedo!

—Sí, pero porque no llegaran a su destino.

—¡Valiente!

¡Cochinos y abusadores que son!

—Vamos a la cisterna —indicó su marido.

Se fueron los dos a la cisterna, Sacaron el agua del tanque para que el trabajo se hiciera menos pesado. Y ayudado por ella, empezó a soltar el tanque sujeto por fuertes argollas al concreto de la cisterna. Se reían viendo lo bien hecho del trabajo: el tanque de lavar rodeaba la pequeña abertura de la cisterna. Estaba pintado de manera que pareciera que el fondo estaba distante. El trabajo había sido cuidadosamente elaborado para que no pudieran descubrir las armas que estaban en el fondo de la cisterna vacía. El agua no faltó en esos días. Si hubiera faltado, los vecinos hubieran venido a pedir agua, ya que era la única cisterna de los alrededores, y todo hubiera sido más difícil, máxime cuando nunca se les había negado el agua.

Cuando el tanque de lavar estuvo libre, la presión hizo que los dos bordes se unieran y quedó libre ya de su función.

—No se salió —dijo él con alegría.

—El chapapote y después la pintura arriba —contestó ella.

—Pero mira, se me quedó un pedazo sin pintar.

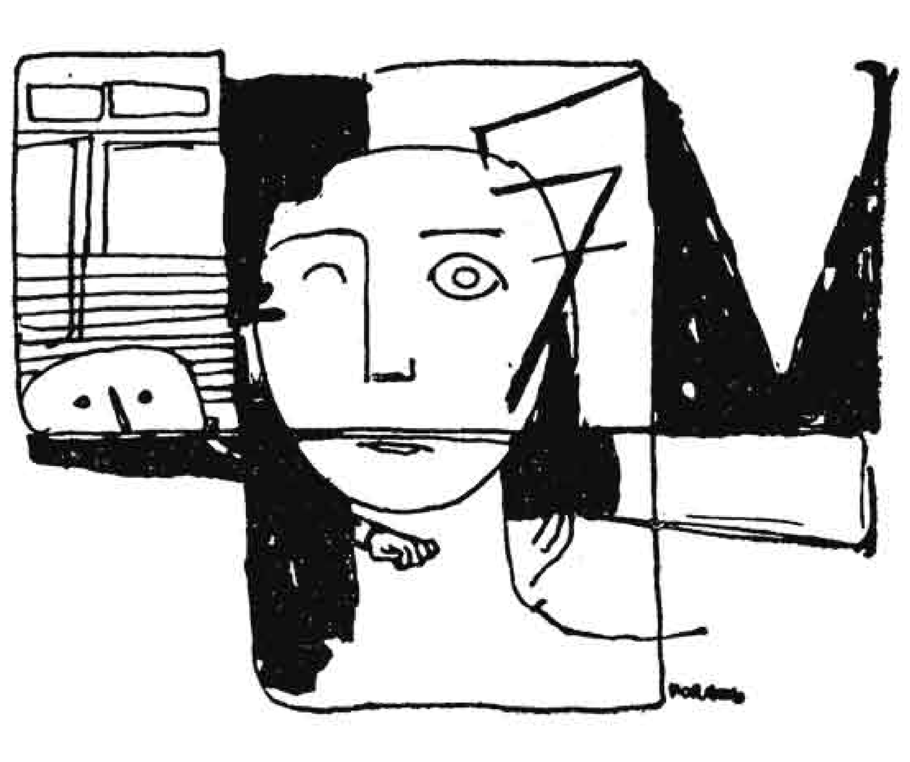
¡La Jicotea!

—¿La Jicotea?

—Me preguntaron y le dije que era una jicotea.

—¡Si esto se parece a una jicotea, yo entonces soy un elefante. Se echaron a reir como hacía rato no lo hacían.

Agosto de 1958.



EL LINDERO

cuento por josé lorenzo fuentes

Divorciar al hombre de la tierra es un atentado monstruoso

MARTI

El viejo se puso una mano a la altura de la frente, exactamente encima de las cejas, como si quisiera colocarle alero a los ojos para mirar sin que el sol le doliera, y Lisandro, el hijo, lo imitó porque ya estaba escuchando: "Mira, el lindero es lo que quería enseñarte". Entonces vino la explicación de por qué la cerca estaba prendida a esos atejes y no como antes mucho más allá, donde había buen pasto y donde la semilla en cuanto caía al suelo disparaba gajos y hojas hacia todas partes. Y en seguida el padre volvió a decir que el lindero no podía seguir ahí porque la tierra había que recuperarla.

Lisandro oía aquello porque era el viejo el que hablaba, pero ya no sucedía como al principio que la palabra se le metía entre pecho y espalda y lo quemaba dentro y luego le ponía fuerza en los brazos para hacer la tarea de diez hombres. Cuando el padre



Dos cuentos cubanos

El hecho de que dos hombres nazcan en el mismo país y hablen el mismo idioma y conozcan las mismas tradiciones y padezcan las mismas circunstancias y difieran o estén de acuerdo en cómo superarlas y lo logren, hace que sean testigos en el día que viven. Atengámonos a su testimonio.

José Lorenzo Fuentes y José Manuel Otero, dan fe de ello, en dos relatos que recogen ese día, felizmente, ya destinado a la historia como pasado.

"EL LINDERO" de José Lorenzo Fuentes mereció el premio internacional "Hernández Catá" correspondiente al año 1952, y "19 de Julio de 1958", de José Manuel Otero son exponentes de la creación literaria que siempre estuvo en guerra contra la tiranía.

la habló así por primera vez todo el maíz recogido se quedó sin paja, machete y garabato chapearon desde la casa de tabaco hasta la tierra pelada donde estaban las canoas de los puercos y el arado abrió su surco fácilmente, y eso que estaba el sol encima sin una nube por medio y las piedras abajo, pegadas a los terrones como siempre. Ahora era distinto. Ahora la voz del padre lo quemaba por dentro también al principio, pero después no podía pensar sino en que había que irse porque el sitio nunca iba a tener otro lindero y las estacas y el alambre de púa no avanzarían medio cordel aunque él se reventara sobre el surco.

La cosa fue que cuando el viejo necesitó dinero Rosendo Fundora estuvo a su lado con la mano abierta y unos papeles delante que había que firmar, y luego el tiempo pasó y una mañana la cerca apareció donde está ahora. De nada valió que el padre no le quitara mano al trabajo y que el mismo Lisandro cuando era todavía un niño y el maestro llegó a La Palma repartiendo carpetas y lápices amarillos y visitando todas las casas para que mandaran los muchachos a la escuela, dijera que sí, que iba a ir, para después no ir a ningún lado porque había que quedarse en el sitio a ayudar al padre. De nada valió, pues el lindero se quedó ahí y las camisas siguieron gastándose por las espaldas cuando todavía no había con qué comprar otra y la vieja estuvo con el reuma y se curó luego sin saber cómo, aunque no se pudo ir al pueblo por un médico, y Lisandro llegó a los veinte años y la hija de Andrea comenzó a mirarlo y él quiso mirarla también, pero dejó de hacerlo cuando el viejo le recordó que al sitio no podía llevarse otra boca.

Por eso quería irse de allí, porque tampoco a Leoncio le valió de nada el tiempo que estuvo llevando sus cargas al pueblo en la yegüita flaca, ni el que anduvo con su mocha en vuelta de los cañaverales cortando para el ingenio, ni todo el que se pasó peleando con la hierba bruja y la guinea que se le metían en cada surco que iba abriendo. De nada le valió a Leoncio todo eso, pero cuando una mañana dijo: "¡Está bueno ya!" y se fue al pueblo para hacerse soldado en seguida comenzó a ser gente porque a poco ya había por ahí quien comentaba: "Allá en el pueblo vi al Cabo Leoncio" y las mujeres que llegaban del otro lado de las lomas decían que estaba muy cambiado, en una forma que valía la pena que dijeran las cosas de uno, y más tarde vino la noticia de que era Capitán en Vuelta Abajo. Y Ramiro y Chelo que eran soldados solamente, pero no tenían que andar con el fango a la cintura y se ponían ropa limpia y los saludaban la gente con respeto y hasta les llevaban pollos y viandas por Nochebuena y un puerco cebado con palmiche. Y el mismo Quintín que cuando muchacho bajaba junto con Lisandro la barranca del río para tirarle una pita a las biajacas y que un día le había pedido un par de zapatos viejos porque no le gustaba andar descalzo y el padre no podía comprárselos, ese mismo Quintín Pedrosa ya era Cabo y no tenía que estar pensando en el lindero y en que Rosendo Fundora se iba a coger la tierra de todo el mundo. Porque si no era Rosendo Fundora era el americano del ingenio, pero de todos modos la tierra se la iban a coger a uno, y era mucho mejor estar sentado en el Puesto de la guardia rural en espera de que alguien llegara diciendo: "Cabo, con su permiso, yo quisiera..." y luego dejara los pollos que traía con las patas cogidas de un arique, sin decir que era un regalo porque en el Puesto no se está para cambiar los favores por regalos, pero si no se llevan los pollos quizás el Cabo no encuentre el ánimo para la respuesta: "Sí, hombre, sí, lo que sea".

En eso estaba pensando Lisandro cuando el padre y él le dieron las espaldas al lindero: en que tenía que irse porque allí siempre iba a ser lo mismo hasta que los años lo pusieran flojo como al viejo y entonces sería su hijo el que diría que sí, que iba a ir a la escuela, para después no ir a ningún lado. Y se quedaría también trabajando en el sitio como él y sin embargo el sitio nunca llegaría a tener otro lindero y las mejores tierras siempre serían de Rosendo Fundora o del hijo de Rosendo Fundora o de otro que pensara como Rosendo Fundora. Siempre sería igual si él no hubiera pensado lo que acababa de pensar y si Quintín no le hubiera pedido cuando era muchacho un par de zapatos viejos. Porque Quintín Pedrosa no iba a dejarlo volver al sitio así, sino que le tiraría el brazo por encima de los hombros y le diría que iba a ayudarlo y en seguida él sería como Ramiro y Chelo. Por eso Lisandro ahora encarrilaba el trillo y al viejo el ala del sombrero le bajaba hasta los ojos a tiempo que su mano, por detrás de las orejas, subía arañando el pelo como siempre que no entendía una cosa. Porque no era posible entender aquello que decía el hijo de que era lo mismo que las estacas se quedaran ahí y que Rosendo Fundora se cogiera la tierra.

El sol se tiró al suelo incendiando los matojos y los cogollos de las cañas, y todavía Lisandro estaba en el portal del Puesto esperando que Quintín Pedrosa dejara los papeles por allá dentro y dijera que cómo no iba a ayudarlo. Y Quintín Pedrosa apareció un rato después y Lisandro dejó el taburete y dio dos pasos hacia él, pero el Cabo no lo vió seguramente porque echó una mirada hacia el trillo y le dijo al que acababa de llegar que si era para lo de siempre que no lo molestara más, y cuando Lisandro fue a mirar tenía enfrente a Andrea y su hijo, cada cual con un pie sobre el portal.

—Cabo —comenzó a decir Andrea—, eso no puede ser mañana...

—Mire —cortó el Cabo—, a mi no me lo diga. Mejor es que vaya recogiendo los tarecos.

—Pero es que mi hija está mala, Cabo— suplicó la mujer. Esta vez Quintín Pedrosa no dijo palabra de pronto y en el rato que duró el silencio de la gente la noche aprovechó para meterse en el portal. El Cabo mandó a encender el aparato de carburo y luego comentó por lo bajo:

—Si no le hubiera pedido el dinero prestado a Fundora no le pasaría esto ahora.

Era con Andrea con quien hablaba el Cabo, pero Lisandro le pareció que las palabras se las tiraban encima a él también y al viejo que estaba en el sitio pensando en todo lo que había que trabajar si se quería recuperar la tierra aquella. Y ahora a Lisandro no le gustó mucho la idea de meterse a soldado. Porque estaba bien lo de los pollos y las viandas y lo del puerco cebado con palmiche, aunque el dueño necesitara llevar todo eso al pueblo y venderlo allá para venir luego con una ropa nueva o con las medicinas que le hacían falta, pero lo que no podía estar bien era lo de ponerse de acuerdo con Rosendo Fundora cuando había que echar a alguien al camino real. En eso estaba Lisandro cuando la voz de Andrea volvió, desbaratando los pensamientos.

—Cabo, yo le ruego...

—Mire, déjeme tranquilo.

—Por su madre, Cabo, haga algo para que no sea mañana.

—Tiene que ser mañana— dijo Quintín Pedrosa secamente, en una forma que no esperaba respuesta de la mujer, pero Andrea quiso rogar otra vez y el Cabo no pudo aguantar más. Soltó un "¡Está bueno ya... fuera de aquí!" y dio un paso al frente a tiempo que levantaba el puño cerrado, amenazando. Entonces fue el niño prendido al uniforme de Quintín Pedrosa. sacudiéndolo mientras decía: "¡No, Cabo, no, mañana no!", y luego el empujón que lo hizo tropezar con Andrea antes de caer al suelo y en seguida una noche más negra que la que se había metido en el portal sobre los ojos de Lisandro y el taburete bajo sus manos y el golpetazo y el hombro caído y su cuerpo sin movimiento sobre los tablones del portal y el brazo colgando, colgando, hasta casi tocar el trillo.



ilustraciones de fornés

Dos fogonazos rajaron la noche y una pareja de la guardia rural salió detrás del hombre que huía sin saber a dónde, por entre zarzas y sembrados, con el miedo a que una bala lo cogiera poniéndolo frío pellejo adentro. Un tobillo se le torció y de pronto se fue de bruces y se quedó en el suelo sin un movimiento y entonces se dio cuenta que estaba metido en una tabla de maíz porque a la altura de su cara estuvo un rato una mazorca mientras él cogía resuello. Y por primera vez desde que dejó a Quintín Pedrosa sobre los tablones del portal Lisandro pudo pensar. Y fue primero el viejo diciéndole que el lindero no se podía quedar ahí y luego él mismo con la idea de que había que irse y más tarde Quintín Pedrosa hablándole a Andrea y otra vez el viejo y el lindero para de nuevo caer en Quintín Pedrosa. Entonces vio que este Quintín Pedrosa no era el de antes, ni en los ojos ni en la manera de decir las cosas. La idea así de pronto, no pudo explicársela, pero este Quintín Pedrosa no era el de antes. De eso sí estaba seguro. No era el que iba al sitio a comerse unos mangos, ni el que saludaba a la gente en la guardarraya después de estar todo un día doblado sobre el surco. Y Lisandro ahora se dijo que el lindero no era sólo unos pelos de alambre y unas estacas rodeando una tierra cualquiera, sino que era la única forma de seguir siendo bueno, porque en cuanto uno salta la alambrada y le dice adios al arado y al machete, al surco y a los animales, del otro lado lo están esperando para torcerle el corazón y ponérselo a caminar con odio contra la gente que se dejó en el sitio. Esa idea le pareció de él al principio, pero después era el viejo quien le decía estas cosas y quien lo llamaba de nuevo a trabajar en el sitio para que el lindero no se quedara ahí, y a Lisandro le dolió por dentro la voz del padre porque ahora ya no podía regresar al sitio aunque quisiera y tenía que irse de allí porque acababa de matar a un hombre. "Matar a un hombre" dijo y se quedó paralizado porque la voz le pareció un fogonazo, pero en seguida pensó en la guardia rural y entonces no supo si había oído un fogonazo de verdad o si era solamente la idea que acababa de asustarlo. Porque cuando se mata a un hombre ya uno no puede quedarse tranquilo con sus pensamientos, sobre todo si se tiene una pareja detrás y dos rifles buscando entre la manigua una cabeza sobre la que disparar.

Dió un brinco y echó a correr de nuevo, porque en el maizal no se estaba seguro y nadie sabía si ya los rifles avanzaban pegados a las mazorcas en busca de su cabeza. Y era mejor estar lejos de allí, lejos de los rifles y de los guardias. Lisandro supo que había cruzado una tierra arada porque mientras corría no pudo afincar bien los pies y le parecía que se le iban hacia atrás y que no avanzaba un palmo a pesar de sus esfuerzos, y luego que había dejado atrás un arroyo porque el agua salió de pronto de la noche y le trepó hasta las rodillas, y más tarde que había ganado una ceja de monte porque todo pegaba en su cuerpo como patada y no sentía una espiga troncharse bajo su fuerza. Y el monte era precisamente lo que buscaba.

Ahora se detuvo otra vez y se dijo que ya estaba a salvo porque aunque echara a andar lentamente la mañana de todos modos lo cogería muy lejos del lugar. Y de nuevo dejó que los pensamientos volvieran. Y esta vez no fue el viejo, ni el lindero, ni siquiera la mirada y la voz de Quintín Pedrosa. Era solamente el muerto, el cuerpo caído sobre los tablones del portal y el brazo colgando hasta casi tocar el trillo. Era la voz de Andrea rogando y el empujón al niño y la nuca del Cabo rompiéndose bajo el taburete. Entonces, al volver a matar a Quintín Pedrosa no le pasó como la primera vez que todo estaba oscuro, ahora comprendió claramente por qué lo hacía y que no era solamente a Andrea y al niño a quienes él defendía sino también al padre y a todos los que tenían un sitio, y a las ganas de vivir sin miedo a que le cogieran la tierra que tenía la gente. Y todo eso era de pronto como un deseo de no tener que irse de allí porque, aunque ya no iba a ser soldado, de todos modos cuando estuviera al otro lado del lindero le iban a torcer el corazón y dejaría de ser un hombre bueno. Y aquello de irse dejó de tener razón porque todavía era posible volver al sitio y decirle al viejo que el lindero no se iba a quedar ahí para siempre y que si se quedaba era lo mismo porque de todos modos había que darle el frente a Rosendo Fundora y no dejarlo gozar tranquilo la tierra que se había robado.

Y fue por eso que no echó a andar en la dirección imaginada ni volvió a pensar en la mañana que iba a cogerlo muy lejos del lugar, porque ya estaba seguro de que todavía era posible volver al sitio, aunque ahora había un muerto por medio y sería largo el tiempo que sus brazos iban a esperar y el viejo tendría que hacer solo todo el trabajo por ahora.